EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL SALTO DEL PASIEGO,

ZARZUELA MELODRAMÁTICA

EN TRES ACTOS Y OCHO CUADROS,

OBRA PÓSTUMA DE

DON LUIS DE EGUILAZ.

MÚSICA DEL MAESTRO

D. MANUEL FERNANDEZ CABALLERO.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1878.

AUMENTO AL CATALOGO DE 1.° DE ABRIL DE 1877.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Á las puertas del cielo................	1	D. J. Jackson Veyan. .	Todo.
Breton..........................	1	Emilio Ferrari......	»
Caridad y abnegacion................	1	Sres. G. Saenz Diez y A. de Larra........	»
Cazar con liga.....................	1	D. Eduardo Inza......	»
Contra la fuerza la astucia..........	1	Senen Lopez.....	»
Dos enemigos íntimos................	1	E. Zamora y Caballero	»
El fin del cuento...	1	José Jackson Veyan..	»
El hijo de su madre.....	1	Pedro J. Moreno....	»
El hombre feliz....................	1	Eduardo Lustonó...	»
El méjor juez, la conciencia..........	1	L. Parejo y Reina...	»
El que escupe al cielo................	1	Guillermo Perrin....	»
El rondador de Sevilla.	1	J. V. y Sanchez.....	»
El sol de la caridad.................	1	Sres. E. J. Cortés y J. J. Veyan...........	»
El tesoro de los sueños..............	1	D. José Jackson Veyan..	»
El viejo Miloch ó la guerra de Servia..	1	Leopoldo Parejo....	»
Enciclopedia.......................	1	Calixto Navarro.. ..	»
Entre solteros......................	1	Javier Gaztambide..	»
Hidalguía Castellana......	1	Senen Lopez.......	»
Jesús, María y José..................	1	Sres. A. Rodajo y A. del Palacio..........	»
Joaquinito...............	1	D. M. R. Saavedra.....	»
La agencia matrimonial..............	1	D.ª Asuncion Lozano...	»
La chaqueta parda........	1	D. José Jackson Veyan..	»
¡Ladrones! ¡Ladrones!...............	1	Cárlos Calvacho....	»
La justicia de Dios..........	1	L. Parejo y Reina...	»
La ley del trabajo...................	1	Mariano Chacel.....	»
La morena y la rubia................	1	Emilio Álvarez.....	»
La primera noche...................	1	Mariano Chacel.....	»
La sombra negra....................	1	E. Jackson Cortés...	»
Los obstáculos.....................	1	Sres. E. Navarro y J. Escudero..........	»
Los pendientes de coral..............	1	Pedro J. Moreno.....	»
María............................	1	D. José María Nogués..	»
Me caso..........................	1	Estéban Garrido....	»
Para el corazon no hay clases.........	1	L. Parejo y Reina...	»
Quien á hierro mata.................	1	Emilio Ferrari......	»
Quien no se vence á sí mismo........	1	Leopoldo Parejo....	»
Soñar despierto....................	1	Leopoldo Parejo....	»
Una balsa de aceite.................	1	Pedro María Barrera.	»

EL SALTO DEL PASIEGO,

Zarzuela escrita expresamente hace veintidos años para el hoy popular compositor D. MANUEL FERNANDEZ CABALLERO, y á quien la dejó dedicada su cariñoso y constante amigo el insigne poeta que lloran las letras españolas, que adivinó en el niño al consumado maestro.

Esta obra ha sido representada por primera vez con extraordinario éxito el 17 de Marzo de 1878, en el teatro de la Zarzuela de Madrid.

TÍTULOS

DE CADA UNO DE LOS CUADROS EN QUE ESTÁ DIVIDIDA ESTA OBRA.

1.°—Camino del Calvario.
2.°—La eleccion de nodriza.
3.°—El reló de música.
4.°—Al borde del abismo.
5.°—El valls del falso honor.
6.°—La fuente de los avellanos.
7.°—Infraganti.
8.°—El dia de la justicia.

EL SALTO DEL PASIEGO,

ZARZUELA MELODRAMÀTICA

EN TRES ACTOS, DIVIDIDOS EN OCHO CUADROS,

OBRA PÓSTUMA DE

DON LUIS DE EGUILAZ,

MÚSICA DEL MAESTRO

D. MANUEL FERNANDEZ CABALLERO,

EL QUE LA DEDICA

Á LA MEMORIA

DE AQUEL ESCLARECIDO INGENIO, HONRA DE NUESTRA PATRIA.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1878.

PERSONAJES Y ACTORES

que los han ejecutado en las cincuenta y siete representaciones consecutivas que hasta hoy lleva esta obra.

MARGARITA DE IDUBEDA	D.ª Dolores Franco de Salas y Doña Almerinda Soler y Di-Franco.
CLEMENCIA............	D.ª Adela Rodricukz.
LUCÍA DE IDUBEDA. ...	D.ª Concepcion Baeza y Doña María Nogales.
DON LUIS DE SODUPE..	D. Rosendo Dalmau.
EL DOCTOR CHINCHILLA	D. Enrique Ferrer y D. Rafael Arcos.
DON JULIAN DE CASTRO	D. José Sala y D. Rafael Arcos.
EL PADRE VICENTE....	D. Daniel Banquells y D. Rafael Arcos. (Véanse las notas del final.)
PABLO MUR...........	D. Luis Carceller.
CAMARON.............	D. Andrés Vidal y D. M. Fernandez.
UN JUEZ..............	D. Francisco Mora.

Un caminante, una enlutada, pasiegos y pasiegas, alguaciles, pajes, monteros, guardias, palafreneros, lacayos, músicos y niños de ambos sexos.

Valle de Pas y sus cercanías, á fines del siglo anterior.

Las decoraciones de esta obra han sido pintadas por los acreditados artistas del taller del célebre Ferri, D. Jorge Busato, D. Bernardo Bonardi y D. Pedro Vals, y por el decano de nuestros pintores escenográficos D. Antonio Brabo. Los figurines han sido hechos por el distinguido profesor D. Luis Taberner.

La direccion de escena y creacion del espectáculo han estado á cargo de *D. Diego Luque*, al que podrán dirigirse las Empresas para todo lo que con la parte artística de la obra se relaciona.—Madrid, Salon del Prado, 30, principal derecha.

ACTO PRIMERO.

Punto elevado desde el que se domina el pintoresco valle de Pas. Por entre dos masas de rocas que se levantan á derecha é izquierda del escenario, se verá panorámicamente el valle, y á vista de pájaro, los desparramados caseríos y cabañas de su risueña vega, y el Pas, que serpenteando se pierde entre las cordilleras de montañas que forman la lontananza que limita el paisaje.

El grupo de rocas de la derecha del actor, se eleva mucho más que el de la izquierda, y es practicable por medio de una senda estrecha, abierta entre las peñas, escalonada unas veces, y otras, en rampas ágrias y difíciles, que, describiendo una especie de espiral, termina en una meseta formada por una peña que avanza hácia el centro de la escena, y de la que parte otra vereda que conduce rectamente á lo más elevado del promontorio, desapareciendo de la vista del público.

La base de este imponente precipicio se supone en el fondo del valle, al que se desciende por un estrechísimo desfiladero que arranca del centro del escenario, erizado de puntiagudas rocas que van desapareciendo de la vista del espectador, segun figura ir bajando á la sima.

La peña voladiza que forma la planicie del promontorio, está sostenida por varios pilares naturales de informes rocas, que dan el carácter de galería cubierta al primer trozo de rampa de la senda de cabras que se ha descrito. El hueco de esta gruta que mira al derrumbadero, está cerrado por una empalizada de troncos, por entre los cuales se verá el fondo del cuadro y á los interlocutores que descienden al valle.

Este *asudio*, como llaman en el país á estos sitios de refugio en las grandes tempestades y ventiscas, está convertido en humilladero, y en él se alza sobre una gradería de piedra un pedestal que sustenta un grupo de figuras de groseras formas y coloridos, que representan la escena del Calvario en el acto del descendimiento, alumbradas por una lámpara que arde á sus piés.

A la izquierda, primeros términos, una *casería* de dos pisos, cuyo superior estará rodeado por una galería voladiza, á la que se sube por una escalera exterior colocada en un ángulo del edificio. Sobre la puerta que de esta *balconada* da paso al interior del payo, (parte habitada de la casa) habrá un gran escudo de piedra, como en todas las solariegas casas del país. Los muros de informes y oscuras piedras, y los pilares de madera que sostienen el voladizo y el alero que le cubre, estarán revestidos de parras, yedras y otras plantas trepadoras.

Entre este edificio y el *cotero* que se levanta á la izquierda, habrá un camino marginado por grupos de añosos robles, cuyas ramas cobijan la casería y toda aquella parte del escenario.

Varias cabañas sombreadas por grupos de árboles y rodeadas por bardas de poca altura, formadas por piedras rodadizas, pueblan y dividen la colina que rodea este costado, cuyas vertientes dan al valle.

La roca que, coronada de frondosos laureles, forma el primer bastidor de la derecha y el corte casi perpendicular del precipicio por aquella parte, sirven de paso á un camino ó *portillo*, que por entre elevadísimas peñas conduce á una ermita que se distingue en el fondo del ángulo de la derecha del escenario.

El sol de la tarde ilumina el valle y las crestas de las montañas, y deja en sombra los primeros términos.

ESCENA PRIMERA.

PABLO, despues Pasiegas y Pasiegos.

INTRODUCCION.

Pablo aparece en el punto más elevado, mirando hácia el valle.

PABLO. Compañero, alerta!

(Con poca voz y como haciendo eco.)

PASIEGO. Alerta!

(Sacando la cabeza por entre un matorral.)

OTRO. Alerta! (Desde otro sitio.)

OTRO. Alerta!

(Entreabriendo la ventana de la casa.)

OTRO. Alerta está!

(Desde una de las ramas más elevadas de uno de los robles y con voz estentórea.)

PABLO. No hay ningun moro en la costa:
demos luégo la señal.

(Toca un caracol: inmediatamente suena otro cerca, luégo otro más lejano y así sucesivamente, hasta que el sonido se pierde á lo lejos. De la casería, de detrás de las rocas y de entre los matorrales, salen las Pasiegas que rodean á Pablo al descender de las rocas.)

PASIEGOS. Pablo! Pablo!

PABLO. Buen alijo!
Bien por el valle de Pas!

PASIEGAS. Vivan, vivan los valientes.
Ya se acercan. Ahí están.

(Multitud de Pasiegos con sus fardos ó *macos* á la espalda, inundan la escena. Todos traen sus palos de viaje, saltando algunos apoyados en ellos de unas peñas á otras para bajar con más rapidez.)

TODOS. Ah!...
El resguardo no tiene las alas
que las aves del valle de Pas.
El palo fijando
con brío en el suelo,
abismos saltando
con rápido vuelo,
salvando horizontes,
cruzando baldíos,
por valles y montes
y selvas y ríos,
el pasiego es un pájaro audaz,

y el resguardo no tiene las alas
que las aves del valle de Pas.

UNOS. Bien venidos.

OTROS. Bien hallados.

PABLO. Cumplimientos por Dios, excusad,
que el resguardo con mucha política
nos pudiera del peso aliviar.

TODOS. Á alijar, á alijar, á alijar.

UNOS. Ocultemos la hacienda á placer
no nos venga el resguardo á coger.

OTROS. Ay qué miedo me da con saber
(Tambien con chacota.)
que nos viene el resguardo á prender.

(Van desapareciendo muy de broma, y vuelven en seguida sin los macos; otros se los quitan y sus mujeres se los llevan ocultándolos entre peñas y matas.)

PABLO. Bien dicho está!

VARIOS. Toma tu allá. (Á las Pasiegas.)

PABLO. Hoy de estos pájaros
á cada cual
sale su pájara
á saludar.
Yo solamente (Muy compungido.)
al retornar
estoy de nones
en el lugar.

PASIEGAS. Pobre Pablito! (Mofándosele.)
él solo ya
está de nones
en el lugar.

PABLO. Yo quiero pájara
á que arrullar.
Yo quiero una.
(Abriendo los brazos para abrazarlas.)

PASIEGAS. Téngase allá!

PABLO. Díganme al ménos,
por caridad,

ya que no sale
á verme acá
mi Margarita
con dulce afan,
dónde se encuentra
y cómo está.

PASIEGAS. Desde que el señor Pablo
de aquí se fué, (Fingiéndose condolidas.)
á Margarita pensativa
siempre se ve.

PASIEGOS. Ejem! ejem! (Maliciosamente.)

PABLO. Esto va bien! (Frotándose las manos.)

PASIEGAS. Desde que el señor Pablo
de aquí se fué,
á Margarita en fiesta ó baile
nunca se ve.

ELLOS. Ejem! ejem!

PABLO. Esto va bien.

ELLAS. Desde que el señor Pablo
de aquí se fué,
la pobrecita se ha puesto blanca
como el papel.

ELLOS. Ejem! ejem!

PABLO. Eso sí que va bien!
Pálida, triste, nada le place.
Ejem! ejem! (Á ellos contoneándose.)
Á Margarita falta le hace
verme á sus piés. (Á ellas.)

CORO GENERAL. Pálida, triste y sin ventura...
Ejem! ejem!
Y el pobre tonto ya se figura
que eso es por él! (Riéndose.)

PABLO. Cómo, insolentes!

CORO. Calma, que hay bú.

PABLO. Eso es mentira.

CORO. Ju, ju, ju, ju!
(Con el dedo en la boca.)

ELLAS. Qué presumido
es el gandul!
(Unas tras otras.)

PABLO. No hay quien compita
con Pablo Mur.
Eso es envidia.

ELLOS. Ju, ju, ju, ju!

ELLAS. Corre en la aldea
cierto rum... rum...

PABLO. Permita el cielo,
gente incivil,
que cuando á criar chicos
vayais á Madrid,
les salgan los dientes
al primer Abril,
os saquen el alma
y os muerdan ahí!

ELLAS. (Señalándoles el pecho.) Ay! ay!
(Estremeciéndose y cruzando las manos sobre el pecho.)

PABLO. Y con eterno
huá, huá, ijí, ijí!...
(Llorando como los chicos.)
y... papá y mamá
no os dejen dormir.

ELLAS. Ay! ay! (Bostezando.)

ELLOS. Jí... jí...
(Haciendo que lloran y siempre mofándose de Pablo.)

PABLO. Y en tanto yo gozoso
me casaré
y con mi Margarita
me dormiré.

ELLAS. En treinta de Febrero
casarás tú,
cuando los barcos lleguen
á Balbanús.

PABLO. Á par que Margarita
me arrullará,

un *gato* madrileño
os chupará.

ELLOS. Cuando los cucos hablen
casarás tú
y dentro de cien años
dirán cu... cú!

PABLO. Eso es burlarse
de Pablo Mur. (Fuera de sí.)

ELLOS. Ya oigo á los cucos
decir... cu-cú!

(Como quien lo oye á lo lejos, con mucha chunga.)

ELLAS. Ya veo á los barcos
en Balbanús.

(Fingiendo que los ven ir, y siempre con refinada broma.)

PABLO. Yo os daré { barcos (Á ellas.)
cucos. (Á ellos.)
en el testuz! (Enarbolando el palo.)

ELLOS. Jesús, qué miedo!

ELLAS. Jesús! Jesús!
Si del palo de san Roque
amargo te sabe el fruto
y otra vez ya lo probastes,
por qué lo comistes, bruto?

ELLOS. Las *Margaritas* del valle
y las *rosas* de Cayon,
para nosotros son flores,
para tí ráspanos son.

PABLO. El amargo de la boca
me lo tengo de quitar!
rompiendo cuatro costillas
al que vuelva á cuquear.

(Las Pasiegas fingiéndose asustadas, trepan á los puntos más elevados, desde donde siguen mofándose de Pablo. Los Pasiegos lo rodean en semicírculo, y cogiendo los palos por el centro y juntando la parte superior de ellos con la del palo del compañero, forman una especie de grillera rombal que los defiende de los golpes que Pablo les descarga con todas sus fuer-

zas. Al chocar el palo de éste con los del coro de Pasiegos, éstos hacen el molinete con los suyos, y arrollan el de Pablo, que cada vez más desesperado y yendo de un lado á otro, descarga furiosos golpes, siempre produciendo el mismo efecto. Los Pasiegos van retrocediendo paulatinamente, siempre arrollando el palo de Pablo y haciendo el cuco á compás del ruido que producen los palos, hasta que divididos en grupos, desaparecen por distintos sitios; pero aún fuera de escena hacen el cucú, confundiéndose por último con los lejanos ecos.)

ELLOS. Cu... cu...
PABLO. Basta de burlas.
CORO. Cucú! cucú!
ECO. Cu... cú...
PABLO. Fuera, canallas!
PASIEGOS. Eso eres tú.
ECO. Uh!
ELLOS. Cu... cú!
ECO. Cú...
PABLO. Hasta los montes
ya dicen cú...

(En el colmo de la desesperacion.)

ELLAS. Cucú... cucú... cucú... (Alejándose.)
ECO. Cu... cú!
ELLOS. Cucú...
ELLAS. Cucú... (Desapareciendo.)
ELLOS. Cucú!

(Con un fuerte de orquesta y desapareciendo.)

ECO. Cucú... cucú...

(Cuando Pablo se cree solo, varios Pasiegos ocultos entre las peñas y arbustos, le hacen el cuco: él da palo de ciego al sitio en que cree se ocultan. Por último, uno que está montado en la rama más alta de uno de los robles, le sorprende con su atronadora voz: él da un brinco como queriendo darle con el palo, y en este momento, un pasieguillo de cuatro á cinco años que sale de la alquería, le dice cucú con su atiplada voz, pasando por entre sus piernas y desapareciendo como un rehilete. Pablo da una vuelta en redondo buscándolo, y al dar la

orquesta el último fuerte, imitando al cuco, cae desplomado sobre una peña desesperado y rendido.)

ESCENA II.

PABLO.

HABLADO.

Canallotas! Bribonazos! (Lloriqueando.)
Si querrán que los sacuda?... (Cambio rápido.)
—Y Margarita... No hay duda,
se muere por mis pedazos. (Consolándose.)
Claro está! Hay dos como tú
en este dichoso valle? (Incorporándose.)
Hay talle como este talle? (Contoneándose.)
Andad! Hacedme el cucú!...
(Dirigiendo la palabra á la alquería.)
Conque de ausencia al rigor
estás triste y amarilla?
No te dé pena, chiquilla,
yo te volveré el color.
No hay remedio: yo me entablo.
Esa su cabaña es.
Voy... Á una, á dos, á tres!
No haya miedo!—Guarda, Pablo!
Aunque mi cara no es mala,
bien será que el verla aplace,
que el hábito al monje hace.
Voy á vestirme de gala.
Y voy á estar feo! Toma!
Por la dicha que te espera
en que un mozo así te quiera,
te tengo envidia, paloma!

ESCENA III.

PABLO, D. JULIAN, despues CLEMENCIA.

Pablo, despues de tirar un beso á la casa de Margarita, va á marcharse por el camino de la izquierda, y D. Julian que habrá salido un momento ántes con la Duquesa, le sale al encuentro, quedándose oculta tras un grupo de árboles. D. Julian y la Duquesa visten trajes de montería.

JULIAN. Pablo?
PABLO. (Sobresaltado.) Quién?
JULIAN. Seguro estaba
de encontrarte por acá.
PABLO. Don Julian?... (Qué me querrá?)
Cómo! Usía me buscaba?
JULIAN. (Sumamente afable.) Sí.
PABLO. Mande á su servidor.
JULIAN. Sé que tienes un quebranto...
PABLO. Yo!...
JULIAN. Tú.
PABLO. (Aunque parezca un santo
no me gusta este señor.)
JULIAN. Tú, sí. Y sabiendo tu mal
y estimándote...
PABLO. Agradezco...
JULIAN. Á remediarlo me ofrezco.
PABLO. (No lo entiendo...) Pues no hay tal.
JULIAN. Sí: se trata de un suceso...
PABLO. Demonio! (Rápidamente.)
Si es que el resguardo
tropezó con algun fardo...
no es el mio!...
JULIAN. Bah! No es eso!
(Riéndose al ver la rapidez con que niega.)
Pablo, cuando un hombre llega
á la edad en que te ves,

si bueno y honrado es
y la ambicion no le ciega,
entre sí su cuenta ajusta,
ve una moza honrada...

PABLO. Y qué?

JULIAN. Se casa.

PABLO. Se casa, eh?
(Hombre, ya no me disgusta.)

JULIAN. Se casa.

PABLO. Mas necesita
lo primero y principal,
que es tener novia.

JULIAN. Cabal.
Tú no amas á Margarita?

PABLO. Á Margarita? Friolera!

JULIAN. Si la duquesa mi prima,
que te aprecia y que te estima,
esa boda protegiera,
y para evitarte apuros
viendo lo honrado que eres,
dijese: «pues que la quieres,
cásate, y ahí van... mil duros...»
qué dirías?...

PABLO. (Aturdido y loco de alegría.)
Yo, señor...
que sois un... que la duquesa
es una... (Entre riendo y llorando.)

JULIAN. Calma! No hay priesa.

(Clemencia se presenta y se va aproximando.)

PABLO. De Margarita el amor
se lo deja todo atrás.
Qué ansiaré si lo consigo?...
En cuanto á esos cuartos... digo...
que nunca estarán de más! (Mucha ingenuidad.)

CLEMENCIA. Los tendrás en el momento
en que os caseis. (Trae su baston herrado.)

PABLO. (Aturdido al oirla.) Cómo?...

JULIAN. Sí,
Pablo.
PABLO. Se burlan de mí?
CLEMENCIA. Vengo á hablar del casamiento
á Margarita.
PABLO. Señora,
y cuándo esa deuda pago?
CLEMENCIA. Nunca: eres bueno y me hago
de ese afecto protectora.
PABLO. No es el dote, que ambiciono,
lo que á quererla me incita:
no, no: es aquella carita,
es aquel cuerpo tan mono...
Es... y por Cristo, creedme,
que así lo juro á los cielos,
aquellos lindos ojuelos
que están diciendo: comedme!
Es aquel tono de miel
conque dice: «amigo mio,»
«Pablo...» que me deja frio,
aunque me abrasa con él.
Es, en fin... Qué me sé yo?
Si ahora delante de mí
dijera: «Te quiero, sí!»
—Pero y si dice que no?
JULIAN. Calma.
PABLO. Esperaré temblando
en donde al salir me halleis,
y el lance me relateis.
CLEMENCIA. (La ansiedad lo está matando.) (Á Julian.)
JULIAN. (Oh!) (Gozoso.)
PABLO. ¿Veis ese abismo ciego
cuyo fondo no hay quien halle,
conocido en todo el valle
por EL SALTO DEL PASIEGO?
Pues si las letras benditas
de un *sí* lograis en mi nombre.

y quereis luego que un hombre
se zampe en él de patitas,
aunque el caso asombro inspire,
pues el fin no se le vé,
avisádmelo á mí, que...
no faltará quien se tire.

CLEMENCIA. Tus ansias se calmarán.

PABLO. Qué ángel! Y vos, qué bendito!

CLEMENCIA. Adios... (Sonriéndose.)

JULIAN. (Vete!) (Por lo bajo, impaciente.)

PABLO. Al mayorcito
le voy á poner... Julian!...
(Volviendo y como en secreto á los dos.)

ESCENA IV.

JULIAN y CLEMENCIA.

JULIAN. Esto es hecho, prima mia.
Ahora un poco de firmeza,
y todo irá bien.

CLEMENCIA. La tengo.

JULIAN. Os lo repito, Clemencia:
vuestro hijastro Luis está
enamorado de veras
de esa muchacha.

CLEMENCIA. Él! Un duque!

JULIAN. Amor no conoce esferas.
Los billetes que se escriben
y que mi celo intercepta,
cada vez pasion más grande,
mayor frenesí revelan.
Su enfermedad tiene á Luis
hoy bajo nuestra tutela;
pero ya sabeis que el médico
verle bueno en breve piensa.
Vendrá; sabrá que constante

su Margarita le espera
y... á Dios, nuestras esperanzas:
ella será la duquesa.

CLEMENCIA. No, no.

JULIAN. Pues no perdais tiempo.

CLEMENCIA. Bien.

JULIAN. Un poco de cautela
y se la encuentra casada
cuando acabe su dolencia.

CLEMENCIA. Es imposible, Julian;
vuestro celo el mal aumenta.
¿Dar un Sodupe su mano
á una pobre lugareña?...

JULIAN. Recordad que el padre de este,
que á vos os hizo duquesa,
no pensó al daros su mano
en que erais pobre y plebeya.

CLEMENCIA. Teneis razon... (Confundida.)

JULIAN. Es forzoso
explicarnos con franqueza.
—Al morir vuestro marido,
—que Dios en su gloria tenga,—
dividió sus bienes libres
entre una hija suya y vuestra,
y Luis, fruto de otro enlace,
que á más llevaba en herencia
el ducado de Fontibre.
Ambas fortunas inmensas
pasaran á vuestra hija
si él sin sucesion muriera...
Y por desgracia los médicos
opinan que su dolencia
—aunque ahora cede algun tanto,
pronto nos dará una pena.

CLEMENCIA. Dios de desear nos libre
que ese pobre jóven muera.

JULIAN. Sí; pero líbrenos Dios

de que caso que suceda,
sea cuando esté casado;
cuando un heredero tenga
que á vuestra hija arrebate
de su padre las riquezas

CLEMENCIA. Es verdad.

JULIAN. De Margarita
pondrá el amor resistencia;
pero hay un amor más grande
que el que por Luis siente ella,
y ese amor... (Con mucho calor.)

CLEMENCIA. Sólo lo ha oido
de Fontibre la duquesa.
(Con cierto tono de amarga reconvencion.)

JULIAN. ¿Cómo pretender el vuestro
cuando sólo la miseria
ofreceros me era dado
y otro os brindaba opulencia?

CLEMENCIA. Bien. Pensemos en mi hija:
sólo pensemos en ella.

JULIAN. Casemos á esa muchacha...

CLEMENCIA. Silencio, que aquí se acerca.

(Se ocultan por un momento tras uno de los grupos de robles, y sale Margarita, que desciende por la escalera del caserío.)

ESCENA V.

DICHOS, MARGARITA.

MUSICA.

MARG. En vano es el venir
hoy como ayer,
que ojos que le vieron ir
nunca le verán volver.
Aquí de hinojos
junto á esa cruz,

ese ingrato señor de mis ojos...
del alma la luz!...
con tierna fé
quererme siempre juró
y se fué
y no volvió.
En vano es el venir
hoy como ayer,
que ojos que le vieron ir
nunca le verán volver.

CLEMENCIA. Margarita?...

MARG. Quién? Ah! mi señora...

CLEMENCIA. Ven, no temas, acércate más.

MARG. (Él no viene!)

CLEMENCIA. (Se turba!)

JULIAN. No temas.

MARG. Vos, señora, en tan pobre lugar?

CLEMENCIA. Tus amores con Luis he sabido,
y que ciego de amante ansiedad
imprudente promesas te hizo
que á un noble cumplirte
vedado le está.

JULIAN. Á su rango y su clase se debe
y en su nombre venimos acá.
De sus labios salió un juramento.
No puede ni quiere volverte
á mirar.

MARG. Desgraciada! No puede ni quiere.
Me desdeña por pobre quizá!
Es mentira! mi Luis no ha podido
ni puede, ni quiere su amor
olvidar.

CLEMENCIA. Margarita!...

MARG. Perdon, gran señora.
Me ciega el quebranto, me
mata el afan.

CLEMENCIA. (Pobre niña!)

JULIAN. (Firmeza!)

CLEMENCIA. (Dios mio!) (Vacilando.)

JULIAN. (Vuestra hija ante todo.)

CLEMENCIA. (Es verdad.)
Es preciso esos locos amores,
Margarita, por siempre olvidar.

MARG. Ah!...
Vos no sabeis, señora,
lo que es amar.
Un corazon que adora
puede olvidar?
Mandad que muera
con mil dolores:
sabrélo hacer!
Pero olvidar la historia entera
de mis amores
no puede ser!

CLEMENCIA. Vana quimera!

JULIAN. Qué osas decir?

MARGARITA. Oid de mis amores
la historia entera.
Oid, oid.
Niña inocente
de amor ajena,
alta la frente
pura y serena,
de una alegría
viendo otra en pos...
loca y alegre feliz corría
por esos verdes campos de Dios.
En mariposas
de cien colores,
en tiernas rosas
ví mis amores.
De otra ventura
nunca fuí en pos...
Y así vivía tranquila y pura

en estos verdes campos de Dios.
Mas ví un mancebo,
perdí la calma
y un mundo nuevo
se abrió á mi alma,
Lazo de amores
rompió un adios!...
Y ya marchitas veo las flores
de estos alegres campos de Dios.

—

CLEMENCIA. Es preciso esos locos amores
por siempre olvidar.
Si con Pablo á casarte te avienes
tu dote aquí está.
(Presentándole una cartera que toma de Julian.)

MARGARITA. Á morir por constante me obligo,
más nunca á olvidar.
No añadais á mi pena un ultraje.
El oro guardad.

JULIAN. Pronto, niña, más pronto que piensas
en tí volverás.
Vamos, prima; que piense dejadla,
que ya cederá.

—

CLEMENCIA. Á Pablo no quieres?...
MARGARITA. Á otro mi amor dí ya.
JULIAN. Si ese otro te olvida?...
MARGARITA. Aquí siempre estará.

—

Sólo una vez se quiere
con puro amor.
Antes que yo le olvide
máteme Dios!

CLEMENCIA. Ya cambiarán los vientos.
Adios, adios.
La constancia en el mundo
es rara flor.

JULIAN. (Te arrollaré sereno,

incauta flor,
si al ímpetu te opones
de mi ambicion.)

(Desaparecen por entre la calle de árboles de la izquierda, Margarita aturdida y vacilante se apoya en el pasamano de la escalera de su casa, y dice como quien despierta de un sueño terrible las primeras frases de la escena siguiente.)

ESCENA VI.

MARGARITA, á poco PABLO.

HABLADO.

MARG. Corazon que no eres mio, por qué quieren que te venda? Oh! Estos señores todo lo quieren feriar. Si comprarán ellos el amor en el mercado? Mas qué digo? Bien lo merezco! Perdonemos á nuestros ofensores para que Dios perdone á quien tanto le ha ofendido.—Ah! Pablo!

PABLO. Pablo, sí... á quien acabas de matar. Pablo, que esperaba temblando, como tiembla la blanquecina hoja del álamo, que pronunciaras su sentencia, y al que acaba de decir la señora duquesa que no le quieres, cruel. (Gimoteando.)

MARG. Porque no puedo quererte, porque soy de otro.

PABLO. De otro? Entónces, por qué ese don Julian me ha dicho que aún puedo esperar?

MARG. Creen sin duda que doblando la cantidad será tuya la mercancía, pues de lo que tratan, á lo que parece, es de comprarme. Sin duda tú les has dicho que yo me vendo.

PABLO. Eso me faltaba, mujer!—Escúchame, Margarita. Yo no duermo ni sosiego hace ya tiempo, y me voy quedando seco como un abadejo: ellos que me quieren,—aunque yo no sé por qué, y que mi mal conocen,—me ofrecieron convencerte, no comprarte. Yo que creí que tú me

tenías algun cariño, fuí tan... tonto, que me ví ya con el yugo sobre los hombros, y he salido con las manos en la cabeza. No falta más sino que me insultes ahora, y por la Vírgen de Balbanús (1) que mañana amanezco colgado con unas marras de uno de esos robles, haciendo etcéteras con las piernas.

MARG. Líbreme Dios de que tal juramento cumplas, que si para marido no te quiero, dispuesta estoy á que me tengas por hermana, y no es ese el fin que yo á mi hermano le deseo.

PABLO. Algo es algo. Quiéreme hoy de esa manera; pero júrame que si mañana ese otro de que me hablas, te diera unas calabazas como las que tú me has dado hoy, no me harás ir á Roma por la dispensa, que hermanos como nosotros ya se han casado.

MARG. Qué desgraciados somos! De la propia manera que yo te pago el amor que me tienes, así pagan el mio. Don Luis de mí se olvida, y yo no puedo arrancar de mi pecho su cariño. No me preguntes por qué: hondas raices en mí dejó, y las raices retoñan, Pablo.

PABLO. Don Luis has dicho? El duque!..

MARG. Él es el señor de mi albedrío, que el suyo me entregó... olvidando su alcurnia y su familia. Hoy, segun veo, de todo parece que se acuerda y con oro quiere ponerme una mordaza y que mi mano para tí le venda. Yo, Pablo, no me vendo.

PABLO. No ha de valerle el mal que en cama] le retiene, y, ó ántes de una hora me ha dicho por qué hoy no quiere á la que ayer quería, ó coronel, duque y todo va á saber muy lindamente cómo el palo manejan los pasiegos.

MARG. ¡Que vas á verlo tú! Ay! hermano mio! Comienza á serlo para mí! Llévame contigo; pues aunque la duquesa una y otra vez me ha repetido que no me ama ya... pa-

---

(1) Véase las notas del final.

rece que algo dentro de mí me está gritando que no dijo verdad. ¡Si aun me quisiera, loca de placer me volvería!

PABLO. Cuidado, hermana, que no es loca como yo deseo verte: desengañada sí! Porque lo quedes... cuando comience el baile y el pueblo aquí se junte, por tí vendré... Y vete acostumbrando, porque los duques de estos tiempos, Margarita, no suelen gustar de saya cortas como no sea para la honra arrastrar de quien las lleva.

MARG. Calla, Pablo!

PABLO. Si la tuya no arrastró, tontuela mía, atente á mis belortos y á mis chataras, y en mi casa reina serás ¡más que duquesa! Y cuando con tus hijuelos acurrucados en el cuévano, como pájaros en nido, traspongas la montaña y vadees el rio, que sombra y fresco dan á *la mi casa*, á ella riéndote á horcajadas de tus ducales sueños llegarás. Y cuando conmigo desgranes la panoja y juntitos comamos la borona... «Bendito el dia, dirás, que me llevastes á ver al duque para que la venda me quitase que me hacía ver en tí solo un hermano... ¡cuando eras ya mi amor, mi placer y mi alegria!

MARG. Ese tu sueño es: déjame el mio. Mi despertar será terrible si la verdad me dijeron.

PABLO. Si tal supiera... (Vacilando.)

MARG. Pablo, lo dicho. (Mucha energia.)

PABLO. Oh! No te alteres, no. Pablo siempre hará lo que tú quieras.

ESCENA VII.

DICHOS, LUCÍA, que sale foro izquierda y escucha las palabras de Margarita.

MARG. Bien. Cuando empiece el baile juntos partiremos. Que nadie se entere: y despues que yo haya hablado con Luis...

LUCIA. Tú no le hablarás. (Adelantándose muy conmovida.)

PABLO. Huy!

MARG. Por qué?

LUCIA. Porque la señora duquesa no ha querido decírtelo todo. Ahora al volver de casa del señor cura me la he encontrado en el camino y me ha dicho...

PABLO. Que el duque no la ama ya? (Gozoso.)

MARG. Qué no me quiere!

LUCIA. Y algo más, hija mia, que no te puedo ocultar. Sé que en la crítica situacion en que te encuentras irreparable es el mal que voy á causarte; pero yo, que como madre te he criado, no debo callártelo. Don Luis...

MARG. Ha muerto?

LUCIA. Tal vez fuera mejor.—El duque hace tiempo oculta cuidadosamente, porque carece de real permiso, que no es libre.

MARG. y PABLO. Cómo?

LUCIA. Que don Luis... es casado.

MARG. Ah! desdichada!

(Cae desplomada en las gradas del Calvario.)

ESCENA VIII.

DICHOS, PASIEGAS y PASIEGOS, MÚSICOS, despues EL PADRE VICENTE.

MUSICA.

CORO. Gallarda aldeana,
ven á la pradera;
ven con nosotros, rosa temprana,
que el baile espera.

ELLAS. Sí.

ELLOS. Que la dicha suprema está allí.

TODOS. Ven,
que en la bulla y la danza
está el bien.

PABLO. Que el baile se espere,

que tenga paciencia.
Id:
con vosotros ella no quiere
correspondencia.
No,
que mandado se lo tengo yo.
Sí!...
para burlas estamos aquí! (Con el corazon encogido.)

CORO. Si.
PABLO. No.
CORO. Que la dicha suprema está allí.
PABLO. Que mandado se lo tengo yo!
CORO. Si, sí, sí.
PABLO. No, no, no.
ELLAS. Qué dices?
MARGARITA. Que no puedo!
(Ten Dios, piedad de mí!)
PABLO. «No puedo.»—¿Habeis oido?
Largo con once mil.
CORO. El pobre está celoso. (Riéndose.)
PABLO. Marchad!
CORO. Huá! Huá! Ijí! ijí!
MARGARITA. (Casado!)
CORO. Si no quiere,
el baile será aquí.
El baile! El baile!
PABLO. El diablo!
CORO. Que baile Pablo!
Sí.
PABLO. Dejad, dejad, canalla,
dejad, gente incivil.
CORO. Que empiecen las canciones:
que rabie este malsin.

—

PASIEGAS. Ay, santo de las niñas,
ay, san Antonio!
Ay, abogado nuestro,

ay, danos novios.

—

CORO GENERAL. Arin! Arin! (1). (A los que bailan.)
NIÑAS. Ay, sí por Dios!
Ay! gran falta nos hace:
ay! venga á nos.
PABLO. Ay, qué desvergozadas!
Ay! qué malditas!
Ay, que en diciendo novio
se despepitan.
CORO GENERAL. Arin! Arin! (Á los que bailan.)
PABLO. Ay, sí, por Dios!
Ay! con un palo os diera
yo el venga á nos.
ELLAS. Ay! santo mio de Urquiola!
Ay, san Antonio!
Haz que tope un gatuco
que tire poco.
CORO GENERAL. Arin! Arin! (Id.)
ELLAS. Ay! sí, por Dios!
santo de casa Arbina,
mira por nos.
ELLOS. Aunque nunca el chicuco
se encuentre harto,
haz que la muller vuelva
con muchos cuartos.
CORO GENERAL. Arin! Arin! (Id.)
ELLOS. Ay, sí, por Dios!
cuanto tengan los *gatos*
haz venga á nos.
CORO GENERAL. Que sigan las canciones, etc.

—

P. VICENTE. Tened. (Apareciendo en el foro.)
TODOS. (Yendo á su encuentro.) El señor cura!

---

(1) Aprisa, aprisa!... Voz que usan en el baile ligero para animarle.

Venid, padre, venid.

P. Vicente. No llego como suelo
la fiesta á presidir:
vengo á imponer silencio
á gaita y tamboril,
que el sol que nos alumbra
es sol de duelo aquí.

Coro. Por qué el sol que hoy alumbra
es sol de duelo aquí?

P. Vicente. Porque el Señor lo quiere.
Oid, hijos, oid.

—

Rosalía,
la más pura
flor del valle,
la de perpétua alegría,
suelto talle
y sin igual hermosura,
prestó cual sabeis oidos
á las frases de un doncel
que al verla sin honra y madre
abandonóla cruel.

Ellas. Pobre mujer!

Ellos. Mala mujer!

Pablo. (Qué tienes? (Á Margarita.)

Margarita. Yo me muero!)

P. Vicente. Atended, atended.
Queriendo ocultar su crímen
y olvidada ya de Dios,
en el Salto del Pasiego,
—hondo abismo que nadie sondó,—
al hijo de sus entrañas
sepultó.

Coro. Qué horror!

P. Vicente y Ellas. Al hijo de sus entrañas
sepultó!

Margarita. Al hijo de sus entrañas

sepultó.

CORO. Qué horror!

MARGARITA. Gran Dios! Gran Dios!

P. VICENTE. Entre alguaciles presa
de aquí salió.
Há un año que la cárcel
es su mansion.

MARGARITA. Piedad, señor!

CORO. Decid, padre, qué pasa
sin dilacion.

P. VICENTE. Un patíbulo anoche
en Santander se alzó!
Cuando las cinco suenen
rogad por ella á Dios.

CORO. Un patíbulo anoche, etc.

(Los unos á los otros. Todos se descubren y se marchan silenciosos cada uno por su lado.)

HABLADO.

Sigue la orquesta.

MARGARITA. Padre!

(Al verse sola con él y en la mayor desolacion.)

P. VICENTE. Como tú me aflijo.

MARGARITA. Yo no seré mala madre. (Convulsa.)

P. VICENTE. Margarita!

(Con terror y como no queriendo comprenderla.)

MARGARITA. Padre! padre!

(Queriendo gritar, pero ahogada por las lágrimas.)

Yo no mataré á mi hijo!!

(Cayendo á sus piés y abrazándose á sus rodillas.)

P. VICENTE. Qué dices?

MARGARITA. Padre, perdon!

(Dan las cinco en un reló de torre lejano.)

Ese reló!...

P. VICENTE. Hija mia!

MARGARITA. Ah! las cinco!

(Grito. Despues de contar por lo bajo.)

P. VICENTE. Rosalía!

MARGARITA. Hijo de mi corazon! (Leve pausa.)

P. VICENTE. Señor Dios de las alturas
compasivo y justiciero,
que expiaste en un madero
culpas de tus criaturas.
Tú que nos estás mirando,
ten piedad de la que llora, (Por Margarita.)
y abre el cielo á la que ahora
está sus culpas purgando!

(Momentos de silencio, durante los cuales parece estar rezando.)

Hija mia, con razon (Levantándola.)
ya en la aldea se murmura
tu terrible desventura.
Fuerza es tener precaucion.

MARGARITA. Padre, si la que es culpada
debe humillarse obediente,
yo sabré bajar mi frente
há poco tan levantada.
Mi honra hasta el dia preclara
en holocausto le ofrezco:
si es que el desprecio merezco,
que me escupan á la cara.

P. VICENTE. No! Nada así se concilia.
Tu vergüenza hay que ocultar,
que fuera un crímen manchar
el honor de tu familia.
En nombre de ella te exijo
un sacrificio penoso.

MARGARITA. Padre, yo lo haré.

P. VICENTE. Es forzoso
separarte de tu hijo.
(Movimiento de Margarita.)
Porque se ignore el abismo
de deshonra en que te ves,
Margarita, fuerza es

que le llevemos hoy mismo
á casa de gente honrada
que vive en lejana aldea,
donde su existencia sea
de todo el mundo ignorada.

MARGARITA. ¡Qué?

P. VICENTE. Es fuerza.

MARGARITA. Jamás, padre.
No puedo tal cosa hacer.
Ya que fuí mala mujer
seré al ménos buena madre.
No pague cabeza agena
culpa que pagar no evito.
Quien supo hacer el delito
que sepa arrostrar la pena.

P. VICENTE. Oh! Tú le creías, no es verdad?

(Signo afirmativo.)

De la nodriza el dolor...
mata al niño,—Por su amor
déjame hacer.

MARGARITA. Oh!... Mandad,

(Haciendo un gran esfuerzo ahogada por las lágrimas.)

padre.

P. VICENTE. Á las siete vendré
por tí: con él partiremos...

MARGARITA. Dios mio!

P. VICENTE. Y le llevaremos
al lugar que te indiqué.

MARGARITA. Ay!...

P. VICENTE. No llores, que me aflijo.

MARGARITA. No lloro.

P. VICENTE. Adios,

MARGARITA. (Besándole la mano.) Adios, padre!
Gran Dios, castiga á la madre,
pero ten piedad del hijo!

(El P. Vicente desciende al valle y Margarita penetra en la casería. Ella dice los dos últimos versos al desaparecer.)

ESCENA IX.

EL DOCTOR CHINCHILLA, CAMARON, Pasiegas, Pasiegos, pajes, monteros y palafreneros.

MUSICA.

El coro comienza á oirse por la parte de la derecha y las pasiegas y algunos pasiegos acuden á la escena saliendo por la izquierda como atraidos por las voces. Los palafreneros traen en brazos al Doctor, seguidos de Camaron, los pajes y los monteros y gente que lo victorea. Todos vienen muy empolvados y descienden con gran trabajo por las peñas de la derecha.

CORO. Viva, viva el señor médico!
CHINCHILLA. Despacito! Precaucion. (Dentro.)
CORO. Viva! Viva! (Id.)
CHINCHILLA. Más despacio, (Id.)
que es mucha la elevacion.
UNO. Alto!
OTRO. Pára!
CHINCHILLA. Quietos! Quietos!
que ninguno mueva un pie!
—Cuidado! Pára, maldito! (Apareciendo.)
—Tierra firme al fin pisé!—
Tedeum laudamus!...
CORO. Que viva el doctor!
CHINCHILLA. Que viva... es milagro
patente de Dios.
ELLAS. Señor...
(Haciéndole grandes cortesías.)
CHINCHILLA. Hijas mias...
(Mirándolas de arriba abajo con el lente.)
(Dios santo, qué tropa!
Chinchilla, cuidado,
que el hombre es de estopa.)
CAMARON Y LA COMITIVA. Seguir es preciso, (Al doctor.)
la tarde ya cierra.

CHINCHILLA. De aquí no me muevo
si se hunde la tierra.
(Sin apartar el lente de las pasiegas que lo rodean.)

—

El rey don Cárlos cuarto
que guarde Dios, (Todos se descubren.)
hará unos quince dias
que me llamó.
Su majestad la reina
y mi mujer,—
—dijo: «en cinta, Chinchilla,
por fin se ve.»
—Señor, de su cuidado
pronto saldrá,
si otra cosa no manda
su majestad.
«Chinchilla, tus servicios
reclamo hoy.»—
Señor, abrid la boca,
dispuesto estoy.—
—«Chinchilla, una viajata
vas á emprender.»
—Señor, para serviros
están mis piés.
—«Al Val de Pas, Chinchilla.
tienes que ir,
una buena nodriza
para elegir.»
—Señor, para serviros
la traeré tal,
que á un becerro pudiera
amamantar.
—«Chinchilla, Dios te guie.»
—Señor, quedad con Dios.
—«Chinchilla, sal pitando.»
—Ya pito, gran señor.

CORO. En eso, todo el valle

recibe mucho honor.

ELLAS. Aquí puede usarced descansar
y dormir
ya sin temor,
que mañana vendrá aquí el lugar
y elegir
podrá lo mejor.

CHINCHILLA. Pues que pude á este sitio llegar
sin morir
y sin lesion,
que se sirva la reina aguardar
á salir
de su ocasion.

UNAS. Ahí...

OTRAS. En esa alquería...

CHINCHILLA. No toqueis á mi ropa.
Atrás! (Cuenta, Chinchilla,
que el hombre es pura estopa.)

—

Aguardad.
—Camaron, ven acá (Llevándoselo aparte.)
sin dilacion.
—(Cuando veas que me oscilan
en sus órbitas los ojos,
es decir, que se encandilan
al ver los carrillos rojos
de una pasiega.
Camaron,
pega, pega
un buen tiron
de mi chupa ó mi casaca,
que la humanidad es flaca
y habrá maca,
Camaron!)

CORO. Entrad, entrad.

CHINCHILLA. Adios!... Adios!... (Saludándolas.)

CORO. Hasta mañana.

Qué es lo que miro? (Fijándose en una.)
Linda aldeana!

CAMARON. (Señor, que tiro.) (Al oido.)

CHINCHILLA. Con el rudo cansancio
y el traqueteo,
no sé lo que me hago,
yo me mareo. (Queriéndolas abrazar.)

ELLAS. Para el rudo cansancio
y esos mareos,
no hay como acurrucarse
en blando lecho.

ELLOS. Para el rudo cansancio
y esos mareos,
no hay como el agua fresca...
(y un vapuleo.) (Acariciando el palo.)

ELLAS. Hasta mañana. (Huyendo de él.)

ELLOS. Entrad, entrad!

(Interponiéndose entre ellas y el doctor con los palos levantados é indicándole con ellos la casa.)

ELLAS y CHINCHILLA. Hasta mañana.

ELLOS y CHINCHILLA. Con Dios quedad. (Disimulando.)

(El Coro se retira saludando. Chinchilla ve cerca de sí á una pasiega y se va de nuevo hácia ella y Camaron le da un buen tiron de la casaca ó redingot, y el doctor se entra en la casa seguido de los suyos.)

ESCENA X.

EL P. VICENTE, D. JULIAN y PABLO despues.

El P. Vicente salo por el foro izquierda con una carta abierta en la mano, y se dirige hácia el humilladero para volverla á leer á la luz de la lámpara. D. Julian aparece por la senda que baja al valle y se le aproxima lentamente. Momentos despues aparece Pablo por donde él, y pasa sin ser visto detrás del calvario. Hace tiempo que está anocheciendo, cubriéndose de nubes el horizonte.

HABLADO.

P. VIC. Este es el sitio y la hora que en el anónimo me indican

Esta es. Quién esta carta puede haberme escrito?

JULIAN. Yo. (Desembozándose.)

P. VIC. Vos?

JULIAN. Ante todo, le pido, padre, perdon por haberle hecho venir á este lugar y á tales horas.

P. VIC. Dejad á un lado fórmulas sociales, que todas deben desaparecer cuando de asunto grave y serio se trata, y serio y grave debe ser el que aquí nos junta.

JULIAN. Autorizado por don Luis de Sodupe para abrir su correspondencia, con motivo de su grave enfermedad, he sabido y puesto en conocimiento de la duquesa lo que en vuestra carta le decis. Que Margarita es madre. (Á un movimiento del P. Vicente.)

P. VIC. Mi deber...

JULIAN. Con él cumpliendo, y con el sagrado ministerio que desempeñais, aconsejais al señor duque cosas que han alarmado y no poco á la que hoy de madre le sirve.

P. VIC. No entiendo...

JULIAN. Ya me entendereis. La señora duquesa, de cuyo noble corazon las pruebas son notorias, deseando evitar todo acto escandaloso, os suplica aconsejeis á esa infeliz que mañana deposite en la inmediata iglesia de San Roque de Rumiera el fruto de su falta, á donde ella acudirá y se hará cargo de él, de su educacion y porvenir respondiendo, con la sola condicion de que la madre renuncie desde ahora y para siempre á todo derecho que sobre él crea tener.

P. VIC. Yo tal cosa no puedo ni debo aconsejar. Las leyes sagradas y sociales, al padre obligan á reparar su falta dando su nombre al hijo en la bendita pila, y á la madre la mano en los altares.

JULIAN. Olvidais sin duda que se trata de quien en su escudo ducal corona ostenta, y de una humilde aldeana?

P. VIC. El santo nudo iguales los hará.

JULIAN. ¿Y si esa union no fuera ya posible? (Aparece Pablo.)

P. VIC. Qué es lo que decís?

JULIAN. Obligado á revelar un secreto me veo, el cual espero

que de vos no salga.

P. Vic. Costumbre de callarlos tengo adquirida durante largos treinta años en el sagrado tribunal de la penitencia. (Pasa Pablo al asudio.)

Julian. Como si en él estuviésemos, oidlo pues de mí.—El señor duque no es libre ya.

P. Vic. Reina del cielo!

Julian. Está casado! (Pablo, que oye estas palabras desde las gradas del calvario, dice á grandes gritos:)

Pablo. No le creais, padre Vicente, no le creais!

P. Vic. Pablo!

Julian. Quién se atreve?... (Casi á un tiempo.)

Pablo. Yo, que acabo de saber por boca del señor duque que sois un... impostor.

P. Vic. Hijo!

Pablo. No temais, padre, que la verdad alguna vez se ha de saber por un pasiego.

Julian. Miserable! (Ahogado por la ira.)

Pablo. «Al ser de dia, si esta noche, Pablo, no me muero, de esta cama saldré, en la que preso mis dolencias é intrigas me retienen. Á mi amor buscaré y lazo eterno ante el Señor nos unirá: díselo á ella, y que entre tanto sólo de Dios y de mi amor se fíe.»—Por boca del duque hablé.—Os ha gustado?

P. Vic. Cómo os explicais?... (Á Julian.)

Julian. Padre, en todo esto no sé qué veo de extraño y singular. Pablo hace poco á grandes voces su amor á Margarita publicaba: llegar hasta el duque cosa muy difícil es: permitid que en duda ponga cuanto nos dijo aquí, y en tanto que yo averiguo la verdad...

Pablo. Qué, soy embustero yo?...

P. Vic. Uno ha de serlo.

Julian. Os suplico no formeis juicio hasta mañana de lo que oido habeis, y haced que Pablo, que tanto afan muestra en este momennto porque se case con otro la que para sí quería hace un instante, á nadie cuente por esta noche lo que ha pasado aquí... ni lo que supone que en

otro lugar pasó. Que á ser cierto lo que dice é impedimento legal no existiendo, yo prometo á la duquesa convencer para que proteja esos amores que ansío bendiga Dios.—Á esto me obligo como cristiano y caballero, y en señal de lo cual, la mano os beso.

PABLO. (Hum... manos besa el hombre...) (Al ver que se la besa con refinada hipocresía.)

P. VIC. Y yo, en nombre de Dios, acepto la promesa.

JULIAN. Y Pablo...

P. VIC. Callará.

PABLO. Hasta ser de dia. (De mala gana.)

P. VIC. Hasta entónces no más.—Al toque del alba, en casa, Pablo, te espero.—Poco nos pide el señor y ofrece mucho...

JULIAN. Que no sepa Margarita... (Á Pablo.)

P. VIC. Nadie, Pablo.

PABLO. Mas si el señor duque es libre...

P. VIC. Con ella casará.

JULIAN. Él lo ha dicho.—Vamos?

PABLO. (No os fies, señor cura.) (Rápidamente.)

JULIAN. (Oh! No me alejaré de aquí!) (Notando que habla aparte Pablo.)

P. VIC. Juntos bajaremos al valle. (Por ella volveré.)

JULIAN. Vamos? (Bajan.)

PABLO. Cuidado con tropezar... (Ay! Si se rompiera la cabeza!)

ESCENA XI.

PABLO.

Solo porque rabie ese señor no he de parar hasta que los vea casados... y entónces... (Parándose de pronto y cambiando de tono.) Entónces te habrás lucido, Pablito! Floja cantaleta te vas á mamar! Hasta los chicos del valle se van á mofar de tí! Y con razon, sí señor, con muchísima razon... porque... Vamos á cuentas, *pajarruco*. ¿No eres tú el mismo que hace poco,—como dice muy bien ese.. mala cara,—te hubieses dejado matar

por conseguir la mano de Margarita?—Y ahora mismo sería capaz por conseguirla de... (Dialogando consigo mismo.)—De qué, vamos, de qué?—Pablo, tú no tienes vergüenza: tú eres un mándria, y te voy á dar cada cachete... (Amenazándose con el puño.)—Ay, Dios mio! Ella viene allí y me va á preguntar... y como el señor cura me ha encargado que nada le diga... Yo debo irme sin que me vea...—Pero ¿á que no te vas?...—Sí, señor, me voy... y me voy para siempre... Si ella no te manda otra cosa; boronazo! (Dándose un golpe y lloriqueando.)

ESCENA XII.

PABLO, MARGARITA.

MARG. Pablo mio! (Con mucha dulzura.)

PABLO. Qué?

(Estremeciéndose al oirla y como al que se le escapan las palabras. Se coge los labios con los dedos para no volver á hablar.

MARG. Le has visto? Le has hablado?... Ah! Tú callas: mi mal no tiene remedio! (En la mayor desolacion.)

PABLO. Hum!... (Apretando los labios para no hablar y rompiendo á llorar.)

MARG. Tú lloras, hermano mio! Luis es de otra! Por eso lloras tú!

PABLO. Hum!...

MARG. Acaba, acábame de matar: dímelo todo.

PABLO. Hum!...

MARG. No ves que con tu silencio prolongas una vida que no puedo soportar?

PABLO. Es...

MARG. Qué?

PABLO. Es... (Con el corazon encogido.)

MARG. Qué?...

PABLO. Que no es eso! que no es eso!

MARG. Pues habla! habla! (Cogiéndole convulsivamente.)

PABLO. Ay, Dios mio!

MARG. Habla, Pablo, que me muero. Habla, Pablo mio!

PABLO. Tuyo, tuyo... qué he de ser tuyo si don Luis te quiere?

MARG. Qué! qué has dicho?

PABLO. Que don Luis te adora: que mañana vendrá por tí más enamorado que nunca; que...

MARG. Ay! (Desprendiéndose de él, llevándose las manos á la cabeza y vacilnndo.)

PABLO. Qué?

MARG. Sigue, sigue!

PABLO. Que te han engañado, que el duque es libre. (Si no hablo pronto reviento!)

MARG. Libre! Repítemelo! Repítemelo!

PABLO. Si me han dicho que no te lo diga, ¿cómo quieres que te lo repita? (Con cómica desesperacion y llorando con el mayor desconsuelo.)

MARG. Quién?

PABLO. El señor cura y el bribon don Julian,

MARG. El señor cura!...

PABLO. Es un bendito, pero sospecho que el otro lo ha embaucado, y que algo traman en contra tuya.

MARG. Y qué me importa si Luis es mio, si Luis va á venir? Ay! Yo me vuelvo loca de placer!

PABLO. Eso es, eso es! Y al pobre Pablo que se lo lleven los demonios!—Mira, Margarita, yo me voy á alejar para siempre de estos sitios, porque si tus penas me mataban... tus alegrías no las puedo resistir.—No, no me detengas. ¡Sé muy feliz mientras que yo... me voy á buscar la vida por esos mundos... y á llorar donde no me vean! (Prorrumpiendo en llanto.)

MARG. Sí, sí, aléjate de aquí. Tambien yo... Pero no con el señor cura, porque eso de estar de acuerdo con don Julian no es para nada bueno.

PABLO. Qué ha de ser!—Ah! Don Luis me ha encargado te diga que al amanecer te espera junto á la ermita de Nuestra Señora, y que lleves contigo la... ¿cómo dijo? Ah! Sí: la prenda.—Tú sabrás qué prenda es esa.—Cosa de importancia debe ser, porque ántes de decírmelo bajó la voz y miró así... para todas partes, y

me pareció que le temblaba la barba y que le caía cada lagrimon...

MARG. Oh! Qué felicidad! Conque al decírtelo lloraba! (Radiante de alegría.)

PABLO. Y se alegra porque lloraba! (Asombrado.) Ya no extraño yo que no me quieras, pues esto es señal de que te falta un sentido!

MARG. Sí, Pablo, sí; yo estoy loca! (Abrazándolo.)

PABLO. Ay, Dios mio! (Con miedo y mirando á todas partes.)

MARG. Vete, vete! (Desprendiéndose de él, y como combinando un plan consigo misma.)—La casa está revuelta con esa comitiva régia que ha llegado... Y aprovechando la confusion... Sí, sí! Ahora mismo... Vete!! (Con muy poca voz. Á Pablo que le escucha aterrado.)

PABLO. (Ay qué ojazos me echa!... Hasta personas reales cree que hospeda en su casa! La ambicion la ha vuelto loca!) (Conmovido.—D. Julian, envuelto en su capa, sube del valle y se oculta detrás del calvario.)

MARG. Vete!... (Con mucha impaciencia.)

PABLO. Ya me voy, ya me voy!...

MARG. (Pobre Pablo! No perdamos un momento.) Adios! (Muy bajito y yéndose.)

PABLO. Hasta nunca, señora duquesa!—Esto solo me faltaba! (Váse llorando.)

ESCENA XIII.

JULIAN, á poco MARGARITA.

Julian sale de detrás del calvario al desaparecer Pablo por la calle de árboles y al entrar Margarita en la casa.

JULIAN. Duquesa la ha llamado! No hay duda: se lo acaba de contar todo.—Estemos al acecho y no reparemos en los medios para evitar á todo trance que Luis la vea. Fuera lástima, que un plan tan bien combinado... Calma, estamos en los momentos decisivos.—La enfermedad del duque... Mi boda con Clemencia de todo me hará

dueño y... Pero ese niño ¡dónde lo tendrán? No nos fiemos mucho de la evangélica candidez del señor cura, ni de la sencillez maliciosa de esta gente.—Ella!—Ocultémonos.—Qué sucederá? (Se oculta, apagando ántes la lámpara que arde al pie de las imágenes. Margarita baja con mucha precaucion. Trae al niño en los brazos, envuelto en una tela de dos colores como su delantal, con el que lo oculta, estrechándolo contra su pecho.)

MUSICA.

MARGARITA. Ninguno me ha visto.
Mi pecho, valor!
Por qué tiemblo ahora
si Luis no olvídó?
JULIAN. (El necio de Pablo
todo lo contó.)
MARGARITA. La noche me ampara,
me escuda el amor.
Luis á su hijo
dará proteccion.
JULIAN. (Su hijo!)
MARGARITA. Qué ruido?
No hay nadie... No, no.
(Tranquilizándose.)
JULIAN. (Su furia el averno
contra mí soltó!)

—

MARGARITA. (De rodillas al pie de la cruz.)
Santa cruz, símbolo santo
de mi santa religion,
presta amparo al hijo mio
y á mi pecho da valor!

—

JULIAN. (Esperanza de riquezas,
de mi pecho religion,

por el diablo que te inspira
dame aliento y corazon.)

—

MARGARITA. No hay nadie.—Á la ermita
en nombre de Dios!
JULIAN. (Si á la ermita llega
todo se perdió.)
MARGARITA. Por ese sendero (Empieza á subir.)
llegaré mejor.
JULIAN. (Toma el del abismo:
la noche cerró.
No hay nadie.—Corramos.
Firmeza y valor.

(Vuelve la melodía en la orquesta, de la plegaria á la cruz. Margarita sube con gran dificultad por el precipicio y Julian detrás envuelto en la capa, siempre á cierta distancia de ella y como sorteando las vueltas del camino para no ser visto por Margarita.—Las nubes, que han cubierto por completo el horizonte, comienzan á separarse en grandes grupos, dejando á su tiempo ver la luna. Se oye una gran algazara hácia el foro izquierda cuando Margarita ha desaparecido de la vista del público, y Julian, que la sigue siempre con la misma precaucion, agachándose y parándose á veces. Cambio musical en la orquesta. Pablo, con su cuévano á la espalda y su palo de viaje sale huyendo del coro, que á poco aparece por donde él salió.)

ESCENA XIV.

PABLO, PASIEGAS y PASIEGOS.

CORO. Já! já! (Dentro.)
PABLO. Cuánta risa
les da mi dolor,
y es como un garbanzo
cada lagrimon.
CORO. (En la escena y con chacota.)
Dicen que viajando

se acaba el amor.
PABLO. Entero no parto,
que aquí se quedó
echo pedacitos
mi fiel corazon.
CORO. Calabazas dos veces,
Pablo, te han dado.
Cu cú... cu cú!
El cielo no te quiere
para casado.
—Cu cú... cu cú!—
Ay, ay! qué risa!
Cu cú!...
Cómo van á engordarte
las pantorrillas!
Cu cú... cu cú!...
PABLO. Adios!... (Gimoteando.)
CORO. Buen viaje!
PABLO. Quedarvos con Dios.
(Con el corazon encogido.)
CORO. Que el cielo te guíe.
PABLO. Adios! (Bajando al valle.)
CORO. Adios!
PABLO. Adios! (Ya en el foro.)
CORO. Cu, cú, cu, cú! Qué risa!
Cu, cú, cu, cú! Partió!
(Bajando al primer término.)
—Va á dar un estallido
el pobre con su amor.

ESCENA ÚLTIMA.

CORO GENERAL, MARGARITA, CHINCHILLA y su comitiva.

MARGARITA. Socorro! Socorro! (Dentro.)
CORO. Qué es eso?
MARGARITA. Favor! (Id.)
CORO. Es de Margarita

sin duda esa voz.

MARGARITA. Socorro! Mi hijo!

(Apareciendo en la parte superior del precipicio.)

CORO. Su hijo!! (Espanto y sorpresa.)

MARGARITA. Favor!...
Allí! Muerto! Muerto!...

(Cayendo desplomada en la meseta del promontorio.)

CORO. Qué dice?

MARGARITA. Allí! Oh!

(Luchando por levantarse.)

CHINCHILLA. (Qué es eso? Una niña
al verme cayó.

(Ap. en el balcon con una luz en la mano.)

—Gran falta me hace
aquí Camaron.)

MARGARITA. Me falta la vida!...
Se apaga mi voz!....
Allí! Muerto! Muerto!
Volad por favor!

CORO. Qué dice?... Su hijo (Atónitos.)
muerto allí quedó?
Como Rosalía
no hallará perdon!!

(Margarita, que se ha incorporado con gran dificultad para cantar de rodillas su estrofa en el concertante, cae de nuevo, quedando iluminada por la luna. El coro formando un grupo en primer término. El Doctor en la balconada con una mano interpuesta entre su cara y la luz que trae en la otra. La comitiva de Chinchilla se asoma á la balconada y ocupa aquella y la escalera. Al caer el telon la orquesta recuerda la balada de Rosalía.—Cuadro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO PRIMERO.

LA ELECCION DE NODRIZA.

Punto elevado desde el que domina el valle de Pas.—Á un lado otra fachada de la casa de Margarita y en el fondo una ermita arruinada. Es por la mañana.

En el centro de la escena habrá una gran mesa cubierta con un rico tapiz; sobre ella papeles y una escribanía de plata. Un sillon y un taburete cerca de la mesa para el Doctor y Camaron.

ESCENA PRIMERA.

CHINCHILLA, CAMARON, PASIEGAS, PASIEGOS, PAJES, MONTEROS, PALAFRENEROS, y una Pasiega enlutada.

El Doctor aparece sentado en el sillon y Camaron en el taburete; los pajes, de pie, detrás; los monteros ocupan el voladizo de la casería, y los palafreneros, con grandes bastones con corona real en el puño, estarán colocados á uno y otro lado de la mesa. Los pasiegos con sus cuévanos á la

espalda, ocupan la parte alta de la derecha, y las pasiegas la derecha é izquierda del primer término.

Una pasiega, vestida de luto, y con su hijo en los brazos, permanecerá toda la siguiente escena sin tomar parte en el juego de ella, retirada á un extremo del teatro. Un pasiego estará sentado en una de las primeras piedras de la derecha.

MUSICA.

INTRODUCCION.

CHINCHILLA. Estais ya todas?
ELLAS. Todas estamos.
UN PASIEGO. Falta la mia!
(Desde donde está sentado y con voz estentórea.)
CHINCHILLA. Sí? Pues aguardo. (Levantándose.)
ELLAS. Por qué no vino?
PASIEGO. Está espigando.
ELLAS. Vaya á avisarla.
PASIEGO. Estoy cansado. (Retirándose.)
ELLAS. (Al Doctor y rodeándolo y como en secreto.)
Así son todos
los muy bellacos
en este valle
privilegiado.
Mientras nosotras
nos deslomamos,
los muy gandules
están sentados.

(Los pasiegos, que habrán bajado de donde estaban, rodean al Doctor que se aparta del círculo en que ellas lo tenían, como temiéndose á sí mismo, y le dicen en voz baja:)

ELLOS. Si su excelencia
ha reparado,
mi mujercita
es un milagro.
Mire qué pechos!

—Parecen cántaros!—
y qué mofletes
tan encarnados!

(Se vuelven á donde estaban.)

CHINCHILLA. (Separándose de ellos y para sí.)

(Estos bribones
están saltando
por verse libres
los muy bellacos,
y yo quisiera
lo ménos cuatro
á todas horas
y á todo pasto.)

—

ELLOS. Muchas más vienen.

(Mirando hácia la izquierda.)

CHINCHILLA. Dios sea loado!
—Jesús! qué hermosas!

(Al ver que las que salen son extraordinariamente altas.)

ELLAS. (Tengan mal año!)

(Las que estaban en la escena.)

PASIEGO. Esta es la mia!

(Presentando á la más alta. Él es muy bajo.)

CHINCHILLA. No es mal bocado.

(Observándola con los lentes.)

UNAS. Buen señor,
venimos ya
á que empiece la eleccion.

ELLAS y ELLOS. Buen señor,
vinieron ya:
comience pues la eleccion.

—

CHINCHILLA. Camaron,
ven, hijo, acá
á cumplir tu obligacion.

(Sentándose y haciendo que Camaron lo haga. Toca la campanilla y se levanta al empezar á cantar.)

Lindas ninfas de este eden
cuyo adorno sois mayor,
ya debeis todas saber
el lácteo objeto de mi mision.

UNAS. Sí señor!

OTRAS. Sí!

TODOS. Sí señor.

CHINCHILLA. La nodriza, sin reproche
para el caso,
en el valle
dejará pobreza y mal.
Con la reina irá en el coche
y á su paso
por la calle
tocarán la marcha real.

ELLAS. Pues nodriza sin reproche
para el caso
en el valle
como yo no hay otra igual.
(—Con la reina iré en el coche,
y á mi paso,
por la calle,
tocarán la marcha real.—)

—

ELLOS. Trarará, trará,
tararará, tarará.

(Tarareando la marcha real por lo bajo.)

ELLAS. Con las patenas de plata
y sartales de coral,
saya con franjas doradas,
pecherin y delantal
bordados de lentejuelas,
mis grandes lazos atrás,
con hebillas los zapatos,
que crujan mucho al andar...
y las medias con cuchillas
que á la pierna hagan mirar...

y pañuelo á la cabeza
que diga: «Valle de Pas,»
de envidia las madrileñas
al verme se morirán.

—

UNAS. Calla, calla, presumida.
Tú? Qué engaño!
OTRAS. No serás tú la elegida,
ó habrá amaño.
OTRAS. Yo seré sin duda alguna
la elegida.
OTRAS. No tendrás tu tal fortuna
por mi vida.
OTRAS. Tú no sirves para nada
por tu daño.
OTRAS. Calla, calla, deslenguada,
que te araño.
CHINCHILLA. (Viniéndose al primer término.)
(Á su furia tengo asco:
yo me arredro.)
Contened ese chubasco
por san Pedro!
UNAS. Calla, calla!
OTRAS. Te hago añicos.
CHINCHILLA. San Andrés!
(Huyendo á un extremo.)
UNA. He tenido cuatro chicos
de una vez!

—

OTRAS. Yo otros tantos
y á los cuatro los crié.
(Encarándose con el Doctor.)
CHINCHILLA. Caso igual en los autores
no encontré.
ELLAS. Ya lo hallara si un pasiego
fuera autor.

DOCTOR. Que no escriba, que no escriba
por favor.

—

TODAS. Vanidosa, no me grites.
Fuera, fuera, vete ya.
Que te rompo las narices!
Que te muerdo!

CHINCHILLA. Paz, paz, paz!

—

Si gritais
y mordeis
ni ganais
ni perdeis.
Yo no he venido á inquirir
cuál pretende más alto gritar,
que es mi objeto tan solo elegir
la que al príncipe debe criar.
Rigidez
y virtud.
Robustez
y salud
me han mandado que busque no más
en el célico valle de Pas.

TODOS. Lo que mandan que busque y aun más
hallareis en el valle de Pas.

—

CHINCHILLA. Para elegir al vuelo
mi ciencia no se atranca,
que soy gracias al cielo
doctor por Salamanca.
Por signos exteriores
que reglas son discretas,
sacamos los doctores
las cosas más secretas.
Miramos,
leemos.

palpamos,
olemos,
que en punto á estudios lácteos,
que son cosa de gusto,
está el arte de Hipócrates
rayando con lo justo,
Veréislo en varias pruebas
que todas fijas son.
—Llegad...—(Cielos!...)—Más lejos!...
Ah!—Gracias, Camaron.
(Porque le tira de la casaca.)

—

(Los palafreneros se interponen indicándoles se separen con los bastones y ellas retroceden.)

(Me ponen en un brete
los actos del servicio.
Piden borla y bonete
un alto sacrificio.
Doctor Chinchilla y Morla,
ten cuenta con tu empleo.
En aras de la borla
inmola tu deseo.)

—

—Más léjos, nuevas Evas.
Á regular distancia
hacer debo las pruebas
que toquen á lactancia.
Desfilad
ante mí
sin chistar,
que mirar
puedo así
y acabar
de elegir.
Desfilad!
(Se coloca á la izquierda primer término.)
(Yo no sé lo que siento al mirar
desfilar

tan lucido y completo escuadron!)
Camaron! (Llamándolo.)
Esa... no.—Esa, sí.—La de acá...
la de allá...
Idos! Luégo yo haré mi eleccion.
(Agitando el aire con el pañuelo.)
Qué calor!
Id con Dios!

—

TODOS.
Es un juego por Dios singular
y sin par (Al ir ellas desfilando.)
el capricho de este buen doctor.
Qué señor!
Nadie exige á quien ha de criar
desfilar
y que tenga marcial instruccion.
Qué señor!
Bien por Dios!

—

CHINCHILLA.
(Qué compromiso,
buen Camaron.
Todas me gustan
sin distincion.
Chicas y grandes,
altas y bajas,
todas me gustan,
gordas y flacas.)

—

Como yo tengo un ojo
claro y certero,
la eleccion in péctore
—dentro del pecho,—
tengo, niñas bonitas,
ya bien pensada.
Luégo sabreis el nombre
de la agraciada.

—

ELLAS. Abra ese pecho,
señor doctor.
Díganos presto
la que eligió

ELLOS. Su señoría
no se irá, no,
sin que nos diga
la que eligió.

TODOS. Ahora una prueba
usía tendrá,
para que pueda
rectificar.

ELLAS. Venga el pedazo
de mis entrañas!

ELLOS. No le hay más guapo
en toda España.

TODOS. No le hay, no, no!

ELLOS. Allá va.

(Colocándose delante de ellas para que saquen los chicos de los cuévanos que llevan á la espalda cubiertos con paños de colores vivos.)

ELLAS. Mire, señor. (Mostrándole los chicos.)

CHICOS. Huá! Huá! (La orquesta.)

CHINCHILLA. Horror! horror!
(Carísimo Chinchilla,
mucho me temo
que no salgas con vida
de este vivero:
que tanto grito
hacen de tu cabeza
olla de grillos.)

—

ELLAS. Mire, señor Chinchilla,
este borrego
que rebosando vida
yo le presento
sano y bonito.

¡No puede estar más gordo
este chiquillo!

ELLOS. Mirad, señor Chinchilla,
ese borrego,
que rebosando vida
es mi heredero
sano y bonito.
¡No puede estar más gordo
el angelito!

(Las pasiegas descubren las piernas á los niños, abriéndole los pañales, y los chicos patalean á una. Para este momento se habrán subido las más altas en la mesa y otras en los cuévanos vueltos boca abajo, colocados entre la primera fila y la mesa para que formen una verdadera pirámide. Los pasiegos, sentados unos en el suelo, otros agachándose forman, los extremos de aquella, señalando embobados cada cual á su hijo. El doctor, aturdido, va de un lado á otro; la gente de su comitiva, agrupada á la puerta de la casería, se rie á mandíbula batiente.)

CHINCHILLA. Señor, Dios de los cielos,
Vírgen María,
si grande el valle fuera
nos comerían.
Dios lo hizo chico,
porque no nos merienden
los pasieguitos.

CASI HABLADO

ELLAS. Mire qué mono! (Avanzando hácia el doctor.)
ELLOS. Mire qué fresco! (Acorralándolo.)
ELLAS. Todito al padre!
ELLOS. Parece un cielo!

(Metiéndole los chiquillos por los ojos.)

ELLAS. Mirad qué alhaja!
ELLOS. Ved mi embeleso!

(El doctor huye de un lado á otro.)

TODOS. Ved!!

CHINCHILLA. Viva Herodes!!

(Frenético y con toda la fuerza de sus pulmones.)

Muchachos, fuego!

(Haciéndoles señas para que no disparen.)

TODOS. Oh!! (Al ver apuntar á los monteros.)

(Todos huyen despavoridos. El doctor cae en brazos de Camaron y los suyos, que siguen riendo. Los pajes retiran la mesa, etc., etc)

ESCENA II.

EL DOCTOR CHINCHILLA, CAMARON, luégo LUCÍA.

HABLADO.

CHINCHILLA. El recurso fué excelente!

CAMARON. Si no es por él no se marchan.

CHINCHILLA. Todas me gustan; no elijo.
Ó todas esas muchachas
van, ó su alteza futura
por más que llore no mama.

LUCIA. Señor doctor?... (Saliendo de la casa muy atribulada.)

CHINCHILLA. Ah! Lucía...
(Aunque provecta, no es mala.)
La hospitalidad afable
que recibo en vuestra casa,
señora, á mucho me obliga.
(Á Camaron y mirándola con el lente.)
(Sin arrugas esa cara...)

LUCIA. Mi sobrina...

CHINCHILLA. Pobre chica!
No me hableis de ella palabra.
Loca tan jóven y bella!. .
(Apenas la desgraciada (Á Camaron.)
fijó los ojos en mí

perdió el juicio.)

CAMARON. (¡Insensata!)

CHINCHILLA. Mujer que me ve, enloquece.

LUCIA. Más...

CHINCHILLA. Es desgracia! es desgracia!

LUCIA Ya no solloza ni grita;
pero por lo bajo canta
no sé qué cancion, y luégo...
«El Duque me olvida,»—Exclama.

CHINCHILLA. (La pobre cree que soy duque.) (Á Camaron.)

LUCIA. Y á grandes pasos la estancia
recorre diciendo: «Muerto
el hijo de mis entrañas!
Con otra mi Luis casado!»
y sobre el lecho se lanza!
Mece el cuévano vacío,
escucha, sonríe y calla.

CHINCHILLA. Todo ello es extraordinario.
El señor cura me aguarda
y con él aquí vendré.
(Esa pasion desdichada (Á Camaron.)
solo Dios y yo sabemos,
nada hice por inspirarla...
Hay hombres tan desgraciados
que sólo mirando matan.)

LUCIA. No tardeis, señor doctor. (Éntrase.)

CHINCHILLA. Tambien queda esta flechada.
(Váse con Camaron primera caja de la derecha.)

ESCENA III.

EL DUQUE, que desciende por el foro derecha.

MUSICA.

Nadie. Nadie! Qué es esto, gran Dios!
En vano en la ermita la esperé!

Por qué no acudes, mi dulce amor?
Dime por qué
Ya que el aire que aquí se respira
nuevo aliento va dando á mi ser,
nada temas: la infame mentira
yo desharé.
Ven, mi bien,
ven. (Campanas lejanas.)

—

Campos de Villacarriedo,
do tuve el ser,
dichosa suerte la suerte mia
si os vuelvo á ver.

—

Aquí mi infancia
corrió dichosa,
aquí mis sueños
color de rosa
niño sentí.
Aquí hasta el viento
recuerdos zumba;
aquí mi madre
tiene su tumba!
Todo está aquí!

—

Campana de mi aldea,
siga tu son,
que en él memorias hallar desea
mi corazon.

—

Bajo estas ramas
que el aura agita
jugaba alegre
con Margarita.
Estoy sin mí!
Loco me vuelven
tales memorias,

que aquí se encierra
toda mi historia;
y ella está aquí!

—

Campos de Villacarredo,
do tuve el ser,
dichosa suerte la suerte mia
si os vuelvo á ver!
Ven mi bien,
ven.

—

La matutina brisa
que juega de flor en flor,
la vaporosa nube
de nacarado color,
la temblorosa yerba
que teme al ardiente sol,
el cuchicheo parlero
de arroyo murmurador,
las trasparentes perlas de rocio,
el canto trinador de los jilgueros
y los ayes que lanza el pecho mio,
no te dicen, mi amor, que yo te espero?

—

No olvides, Margarita,
prenda del alma,
que un padre espera al hijo
de sus entrañas.

ESCENA IV.

EL DUQUE, el P. VICENTE.

HABLADO.

P. VICENTE. (Oh!) Deteneos, señor Duque.
(Interponiéndose entre él y la casa.)

DUQUE. Aquí el cielo os ha traido.

Dónde está mi Margarita?
Desde el albor matutino
inútilmente la aguardo.
P. VICENTE. Luego no sabeis?... (Dios mio!)
DUQUE. Dónde está, padre Vicente?
P. VICENTE. No sé si debo decirlo.
DUQUE. Perdonadme. Si pensais
que poner pude en olvido
ese arcángel de bondad...
no me deis ese castigo.
Postrado en cama, el orgullo
de mi madrastra ha querido
de una mujer alejarme
de rango inferior al mio.
Díjome que se casaba
con Pablo, y á ella le dijo
que yo á otra mujer me unía,
y de acuerdo con mi amigo
Julian—~~que para mí males~~ que solo males
veía en ese cariño,—
interceptó cuantas cartas
amantes nos dirigíamos.
Hoy que saben que mi amor
es como el de ella infinito,
y que yo, á quien tanto quieren,
sin Margarita no vivo,
no bien por el pobre Pablo
supe el caso, han prometido
venir perdon á pedirla
por su intentado delito.
P. VICENTE. (Esto más!)
DUQUE. Padre Vicente,
llevadme luégo á su asilo;
que sea pronto mi esposa,
que pronto abrace á mi hijo.
Es muy hermoso? Decidme.
Vos debeis haberle visto.

Oh! Qué feliz voy á ser
á esos dos seres unido!

P. VICENTE. Oid. Cuando Margarita
os llamaba en su delirio,
cuando sin vos á sus ojos
era la vida un suplicio,
yo, sacerdote del Dios
que murió por redimirnos,
la decía... que cuando *Él*
nos prueba con un martirio,
debe siempre el que es cristiano
con resignacion sufrirlo.

DUQUE. ¡Qué me anuncian esas frases?

P. VICENTE. Que á vos os digo lo mismo.

DUQUE. Mas... dónde está Margarita?

P. VICENTE. En su casa, mas... (Atribulado.)

DUQUE. Respiro! (Dirigiéndose á la casa.)

P. VICENTE. Tened! (En el mayor sobresalto.)

DUQUE. ¿Quién detiene á un padre
que amante busca á su hijo?

(En un arranque de paternal cariño y desapareciendo por la escalera de la casería rápidamente. El P. Vicente le sigue despues de cruzar las manos y dirigir una mirada al cielo como implorando misericordia.)

MÚSICA.

FIN DEL CUADRO PRIMERO DEL SEGUNDO ACTO.

MUTACION.

CUADRO SEGUNDO.

EL RELO DE MUSICA.

Interior de la casería. Los muros están formados por oscuras piedras irregulares sin enlucir. La tosca armadura, el pavimento y las puertas de maderas, oscuras. Al foro izquierda, un gran hueco que da paso á una galería ó mirador exterior, al que se supone conduce la escalera que se ha visto en la anterior decoracion. Por entre las parras y enredaderas que trepan por los pilares que forman este voladizo y las que descienden al llegar al alero del cobertizó que lo cubre, se vé un risueño paisaje. En el foro tambien, pero á la derecha, otra puerta más baja, que deja ver un dormitorio, en el que hay una cama de bancos y tablas; y á su lado y sobre una tarima un cuévano con colchoncillo y almohadas. Sobre la puerta de la alcoba hay una especie de desvan que sirve de quesera. Entre las dos puertas del foro hay una gran arca sobre banquillos, y sobre ella y colgado de la pared, un armario pequeño, cuyas hojas de puertas serán de celosías. Grandes riestras de panojas enlazadas entre sí por las hojas, penden de las tirantillas de la armadura.—Puerta á derecha é izquierda. Las del foro están cubiertas por unas cortinas de tela oscura con rayas horizontales de vivos colores.—Por entre las mal unidas tablas que forman la techumbre del desvan, pasan algunos rayos del sol, que iluminan los quesos que sobre la yerba bedraña están puestos á secar sobre un emparrillado de palos de avellano, segun se acostumbra en el país.—Varios taburetes y bancos de madera blanca, en uno y otro lado, completan el mueblaje.

ESCENA V.

MARGARITA, el DUQUE y el P. VICENTE.

Despues de algunos compases de la orquesta, Margarita entreabre la cortina del foro derecha, y asomando la cabeza, parece observar si álguien la ve; desaparece un momento, y sale trayendo en la mano un reloj-repeticion de doble caja, pendiente de una cadena corta con sellos y dijes en el otro extremo, guarnecidos de pedrería —Se aproxima á un oido el reloj, despues de figurar que oprime el muelle, y tararea con infantil delicia la melodía que parece escuchar, y que inicia la orquesta. Despues, creyendo oir que se aproxima álguien, se guarda rápidamente en el pecho la alhaja.

El Duque descorre la cortina del mirador y dice desde él la primera frase musical. El P. Vicente observa lo que pasa en la escena durante la pieza siguiente, desapareciendo á veces de la vista del público.

MUSICA.

DUQUE. Margarita!...
MARGARITA. Esa voz... Es la suya!
—Ah! No. no! Ya ha partido.
DUQUE. Gran Dios!
La locura en su vaga mirada
ya su sello terrible grabó!
MARGARITA. Ha partido. Me deja el ingrato
olvidando mi inmensa pasion.
Va á casarse con otra más linda,
más afortunada, más rica que yo!
DUQUE. Margarita!
MARGARITA. Pues qué, no lo sabes?
del eco del valle lo dice la voz.
DUQUE. Pero...
MARGARITA. Escucha. Silencio, silencio!
Que nadie se entere. Chist! chist!—Por favor!

Adornada de rosas fragantes
la aurora aparece graciosa y gentil.
Todo es vida y placer en el valle.
Silencio, silencio: no dejes de oir.

(Tararea ligeramente alguna frase de la melodía del reloj, cambiando de fisonomía y con aire jugueton y ligero.)

La campana á la misa nos llama.
Aguarda... Allí espero que vaya mi Luis.
Me pondré mi vestido más lindo,
y suelto el cabello, que le gusto así.

(Lo toma de la mano y con infantil alegría lo lleva á otro sitio tarareando la melodía del reloj, como siempre que deja de cantar.)

Caminemos. Ya estoy en la iglesia.
—Qué miro! Una boda se va á bendecir!
Á los piés del altar hay hincada
de esposos futuros pareja feliz.
—Aún no vino el señor de mi alma.
Esperemos.—Vendrá: me ama, sí.
Esperemos.—Qué hermosa es la novia!
No es más bella la rosa de Abril!
—Y el esposo?—Su cara no veo!
Ya bendicen la union.—Ay de mí!
Vuelve el rostro.—Mentira!—Es robado.
No! Yo muero!—Es mi Luis! ¡Es mi Luis!

—

DUQUE. Margarita! Mi cielo!

(Ella ha caido en sus brazos.)

No me conoces? (Con desesperacion.)
Soy Luis!

MARGARITA. Luis has dicho? (Incorporándose.)
Ese es su nombre!

DUQUE. Soy yo.

MARGARITA. Tú?

DUQUE. Y vengo
para hacerte mi esposa.

MARGARITA. Tu esposa? Cielo!

DUQUE. Sí, Margarita mia,
bien de mi alma.
Por tí, por nuestro hijo.

MARGARITA. ¡Nuestro hijo! Calla!
Que no te oigan.
No lo digas á nadie
que es mi deshonra.
¡Todas las madres muestran
su hijo del alma,
el ángel desprendido
(Con frenética desesperacion.)
de sus entrañas,
llenas de orgullo...
y yo el mio tan bello
medrosa oculto! (Llora.)

DUQUE. Dónde!

MARGARITA. Dónde le tengo? (Rápidamente.)
Murió.

DUQUE. ¡Hijo mio!

MARGARITA. Ha muerto, Luis, ha muerto.

DUQUE. Dame á mi hijo! (Fuera de sí.)

MARGARITA. Va á despertarlo.
—Duerme. Calla.

DUQUE. Mi hijo!
(Cogiéndola violentamente por el brazo.)

MARGARITA. Oh! Me haces daño.
(Llorando candorosamente. Él la aleja de sí al soltarla en la mayor desesperacion.)

—

DUQUE. Muerto el hijo querido,
mi amada sin razon!...
es para mí la vida
senda de maldicion!
La muerte es mi esperanza!
Un rayo, santo Dios!

—

MARGARITA. Allí entre tiernas flores

que ufano dora el sol,
juega el hijo querido
alegre y bullidor.
Mi esposo está á mi lado!
Qué dicha, santo Dios!

HABLADO.

(Siempre á la orquesta.)

DUQUE. Ah, señor cura!
P. VICENTE. Valor!
DUQUE. Es cierto? Ha muerto mi hijo?
P. VICENTE. Anoche furtivamente
salió de aquí de improviso.
Poco despues la encontraron
lanzando terribles gritos
junto al Salto del Pasiego
loca, herida y sin el niño.
Desde entónces sólo dice
lo que vos habeis oido.
DUQUE. Pero no se sabe?...
P. VICENTE. Nada.
DUQUE. Padre!...
P. VICENTE. Valor, hijo mio!

ESCENA VI.

DICHOS, CLEMENCIA, D. JULIAN.

JULIAN. Qué es lo que acabo de oir?
Acusan de infanticidio
á Margarita!
DUQUE. Jesús!
Margarita!
(Yendo hácia donde está fuera de sí.)
P. VICENTE. Está sin juicio.
Respeto á la pobre loca! (Conteniéndolo.)
CLEMENCIA. Loca?...

DUQUE. Loca!
CLEMENCIA. Jesucristo!
DUQUE. Ved vuestra obra. Á Dios dejo,
señora, vuestro castigo.
En cuanto á vos, caballero...
JULIAN. Oidme.
DUQUE. No quiero oiros.
P. VICENTE. Pensemos tan sólo en ella
y dejad duelos impíos.
Nada prueba todavía
que criminal haya sido.
DUQUE. Oh! Criminal Margarita?
Quién es el vil que lo dijo?

ESCENA VII.

DICHOS, LUCÍA.

LUCIA. Padre Vicente?
P. VICENTE. Qué pasa?
LUCIA. Juan, al borde del abismo,
ha encontrado este pedazo
de tela. Por si os dá indicio,
sabed que es del delantal
de Margarita. (Entregándoselo.)
P. VICENTE. Qué miro!
Está manchado de sangre.
JULIAN. (Sangre?) (Mirándose la mano y ocultándola.)
DUQUE. Sangre de mi hijo!
Quién le mató, Margarita?
Habla! Nombra al asesino!
MARGARITA. Espera! (Como queriendo recoger las ideas.)
JULIAN. (Qué va á decir?)
CLEMENCIA. (Julian se turba!) (Sin quitarle la vista de encima.)
DUQUE. Dios pío,
alumbra un punto su mente!
P. VICENTE. Habla!

MARGARITA. Espera.

JULIAN. (Qué suplicio!
Si pudo reconocerme!)

DUQUE. Habla. (Mucha ansiedad en todos.)

MARGARITA. Esperaos.

JULIAN. (No vivo!)

MARGARITA. Tengo una prueba.

TODOS. Una prueba?

(En este momento recuerda la orquesta la melodía del reloj hasta el final de la escena. Ansiedad creciente en todos.)

JULIAN. (Ah! Ya sé cuál.) (Llevándose la mano al pecho.)

DUQUE. Dónde? Dinos!

MARGARITA. La he guardado bien.

DUQUE. En dónde?

MARGARITA. Aquí. (Con infantil picardía.)

P. VICENTE. Dala! (Anhelante.)

JULIAN. (Estoy perdido!)

DUQUE. Pronto!

MARGARITA. Ah! Quereis quitármela? (Huyendo.)

P. VICENTE. No. Salvarte.

JULIAN. (Qué martirio!)

DUQUE. Dí dónde está!

MARGARITA. Si no sé. (Rompiendo á llorar.)
Si no recuerdo. (Desolada.)

TODOS. Ah!

JULIAN. (Respiro!)

DUQUE. Margarita!
(Enérgicamente y como para sacarla de su abatimiento.)

MARGARITA. Dios es bueno
y no arrebata sus hijos
á las pobres madres. No. (Serenándose.)
Voy que allí me espera el mio!

DUQUE. Tente. (Al ver que se dirige al foro.)

MARGARITA. No, no lo despierto.
(Poca voz y mucha sencillez.)
Déjame aunque esté dormido.
Voy á rezar: sí, sí, pero...

muy bajito... muy bajito. (Váse.)

DUQUE. Ah! Margarita!

(Llamándola; ella hace señas de que calle.)

P. VICENTE. Seguidla.

(Á Clemencia y Lucía. La primera la sigue y Lucía se dirige á él con cierto reparo, pero resueltamente.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ménos MARGARITA y CLEMENCIA

LUCIA. Perdonad; mas Juan me ha dicho
que cuando pasó, en la plaza
se trataba en los corrillos
de prender á Margarita
por el crímen cometido.

JULIAN. Sí? (Fingiendo interés.)

DUQUE. Yo la defenderé.

P. VICENTE. Fuera inútil vuestro brío.
Id á ver al juez.

DUQUE. Y vos?

P. VICENTE. Yo á la plaza me dirijo
para calmar á las turbas
y ganar tiempo.

DUQUE. Yo os sigo.

JULIAN. (No salgamos de aquí.) Yo
me quedo por si es preciso
defenderla.

P. VICENTE. Sí, quedaos.

DUQUE. Aún sois de mi afecto digno.

(Estrechándole la mano con efusion. Vánse el Duque, el P. Vicente y Lucía. Clemencia al ver solo á Julian, se presenta en la puerta de la alcoba, mirándole fijamente con severidad.)

ESCENA IX.

D. JULIAN, CLEMENCIA.

JULIAN. Por qué me mirais así?

CLEMENCIA. Julian, más que contestaros
necesito interrogaros.

JULIAN. Vos?

CLEMENCIA. Palidecer os ví
cuando en medio del terror
que á esa infeliz abatía, (*Observándole.*)
una prueba prometía...
Por qué mudasteis color? (*De pronto.*)

JULIAN. (Ah!)

CLEMENCIA. Con febril impaciencia
su delirio os ví seguir
y temblásteis al oir
que iba á probar su inocencia.

JULIAN. Yo?

CLEMENCIA. Lo he visto. (*Secamente.*)

JULIAN. Es natural. (*Reponiéndose.*)
Qué os extraña, si su estado
como á vos me ha interesado?
Hallais en eso algun mal?

CLEMENCIA. Hallo,—y vos me lo probais,—
que no es ella quien ha muerto
á su hijo.

JULIAN. Quién, si eso es cierto?...

CLEMENCIA. Y vos me lo preguntais?

JULIAN. Claro está. Decid, por Dios;
que es un deber de conciencia
el proclamar su inocencia.
Quién ha sido?

CLEMENCIA. Quién?

JULIAN. Sí!

CLEMENCIA. Vos!

JULIAN. Yo!...

CLEMENCIA. Más bajo, por piedad;
que hoy por mi destino impío
vuestro oprobio fuera el mio,
caballero.

JULIAN. (Ah!... Es verdad!)

CLEMENCIA. Justificaos.

JULIAN. Lo haré, (Completamente sereno.)
aunque me tiene turbado
verme por vos acusado.
Comenzad.

CLEMENCIA. Decid, ¿por qué
anoche secretamente
de nuestra quinta salísteis,
si el crímen no cometísteis?
Cuando murió ese inocente,
Julian, á dónde erais ido?
¿Por qué volvísteis turbado,
el vestido desgarrado
y en la mano izquierda herido?

JULIAN. Aunque dar contestacion
á tales cargos me ofende,
siendo vos quien la pretende
me avengo á esa humillacion.
—Sabiendo que Luis volvía
á su antiguo amor constante,
que huyera de aquí su amante
del cura logrado había.
Á las ocho iba á marchar;
mas temeroso de que
Luis viniera aquí, intenté
la partida apresurar.
Á casa del cura fuí,
inventando ya un pretexto,
y para llegar más presto
la puerta del parque abrí...
Y al pugnar porque cediera
la cerradura enmohecida,
me hice esta ligera herida.
—Esto es todo.

CLEMENCIA. Dios lo quiera.

JULIAN. Fiad en mí como en vos;
y pues que la Providencia

os dá asi tan pingüe herencia,
no tenteis, señora, á Dios.
Dejadme que yo os dirija.
Salvemos en hora buena
á esa infeliz, cuya pena
hace rica á vuestra hija.
Pero un punto no cejemos
cuando el triunfo es ya seguro.

CLEMENCIA. Bien: mas salvadla.

JULIAN. Os lo juro.

CLEMENCIA. Silencio.

JULIAN. Disimulemos.

ESCENA X.

DICHOS, CHINCHILLA.

CLEMENCIA. Ah! (Reconociéndole.)

CHINCHILLA. Dejadme que me asombre.
Qué encuentro tan lisonjero.
Vos aquí?
(Dirigiendo una desdeñosa mirada á la habitacion.)

CLEMENCIA. Y vos?...

CHINCHILLA. Caballero...
(Saludando á Julian.)
(Dónde he visto yo á este hombre?)

CLEMENCIA. Mi primo Julian... (Presentándolo.)

CHINCHILLA. Señor...

CLEMENCIA. El doctor Chinchilla y Morla,
claro blason de la borla.

JULIAN. (Qué contratiempo!)

CHINCHILLA. Es favor.
—Pero vos, duquesa, aquí?

CLEMENCIA. Busco rústicos placeres.

CHINCHILLA. (El diablo son las mujeres!
Se ha venido tras de mí!)
—Ya no maldigo las horas
que el rey manda inexorable

que pase en este insociable
criadero de criadoras.

JULIAN. Venís desterrado?

CHINCHILLA. No;
aunque hijo de Eva y llorando
en este valle.

CLEMENCIA. ¿Hasta cuándo
decidor?

CHINCHILLA. El rey mandó,
—dispensándome honra ingrata,—
que al punto hasta aquí viniera,
y una nodriza eligiera
para su alteza *nonnata*.
Lloré el lugar y la priesa
con bien sincero dolor.
Mas ya me siento mejor.
—Estais divina, duquesa!

CLEMENCIA. Celebro la órden real.
—Luis está malo.

CHINCHILLA. Ignorante!
Malo? Eso es poco galante.
Quién junto á vos está mal?

JULIAN. Es su hijastro.

CHINCHILLA. (Á dó me arrastra
esta voz?) Dichoso hijastro,
señor don Julian de...

JULIAN. Castro.

CHINCHILLA. (Castro?) Divina madrastra!

JULIAN. (No me conoce.) (De aquí (Ap. á la duquesa.)
es fuerza que os le lleveis.
Van á venir y...) (El doctor no deja de mirar á Julian.

CLEMENCIA. Quereis
acompañarme? (Á Chinchilla.)

CHINCHILLA. Yo!
(Muy alborotado, pero sin salir de su preocupacion.)

CLEMENCIA. Sí.

CHINCHILLA. Jesús! Pues no he de querer?

CLEMENCIA. Vos aquí os quedais. (Á Julian.)
CHINCHILLA. Clemencia...
(Ofreciéndole el brazo.)
—Adios. (Á Julian.)
JULIAN. Adios.
CHINCHILLA. (Con su ausencia
Camaron me va á perder!)
CLEMENCIA. Vamos?...
CHINCHILLA. Á la Aurora clara
doy el brazo.—Vamos ya.
JULIAN. Gracias al diablo! (Al verlos partir.)
CLEMENCIA. Luis! (Al verlo.)
CHINCHILLA. (Ah!)
JULIAN. (Él!)
CHINCHILLA. (¡Qué sospecha!) (Al ver al Duque.)

ESCENA XI.

DICHOS, el DUQUE.

CLEMENCIA. Esa cara!....
¿Qué traes? (Al verlo demudado.)
CHINCHILLA. (Tate! Sí, sí!)
(Respondiendo á su preocupacion.)
DUQUE. Me ahogo!
JULIAN. ¡Enfermo otra vez?
DUQUE. Han ido á avisar al juez.
Pronto llegarán aquí.
CHINCHILLA. (Si fuera...)
CLEMENCIA. Desventurada!
DUQUE. Si el cura al pueblo no aleja,
es que Dios todo lo deja
á la punta de mi espada.
JULIAN. Comprendo vuestro dolor.
(Colocándose de modo que no lo vea el doctor.)
CHINCHILLA. (Cómo saber?... Ah! qué idea!)
CLEMENCIA. Doctor?...
CHINCHILLA. (Sigue ensimismado.) (Como cierto sea...)

CLEMENCIA. Qué estais pensando, Doctor?
CHINCHILLA. Oh! Perdonad.—No soy dueño
de mí: al ver algunas gentes,
me viene siempre á las mientes
cierta vision... cierto sueño...
JULIAN. (Qué dice?...)
CLEMENCIA. (Al Duque.) El doctor Chinchilla...
JULIAN. Que un sueño tanto os preocupe?...
CLEMENCIA. Venid.—Don Luis de Sodupe. (Presentándoselo.)
CHINCHILLA. El Duque!... (Sorprendido.)
DUQUE. Qué os maravilla?
CHINCHILLA. Servidor...
(Estrechando la mano que le da el Duque.)
DUQUE. Estais convulso.
CHINCHILLA. No es nada.—Y decís que está
enfermo? (Á Clemencia.)
JULIAN. Está bueno ya. (Rápidamente.)
DUQUE. (Qué es esto?)
(Notando la precipitacion de Julian.)
CHINCHILLA. Á ver, dadme el pulso.
JULIAN. Para qué?
CHINCHILLA. (Esta oposicion...)
Dadme.
JULIAN. Inútil considero...
CHINCHILLA. Soy médico, caballero.
Cumplo con mi obligacion.
CLEMENCIA. Por qué os oponeis?
CHINCHILLA. Ah!
(Reparando en la sortija del Duque al tomarle el pulso.)
CLEMENCIA. Qué? (Sobresaltada.)
CHINCHILLA. (La sortija!...)
CLEMENCIA. Qué notais!
CHINCHILLA. Yo...
JULIAN. (Voto á...)
DUQUE. Nada temais.
Estoy muy malo. Lo sé.
CHINCHILLA. No, no.

DUQUE. Con vivir un hora
para proteger su huida
me basta.

CHINCHILLA. No es de su vida
de lo que se trata ahora.

CLEMENCIA. Pues de qué?

JULIAN. (Una maldicion
pesa hoy sobre mí.)

CHINCHILLA. Esperad.
(Le toma de nuevo el pulso.)

DUQUE. Hablad sin reparo.

CLEMENCIA. Hablad. (Mucha ansiedad.)

CHINCHILLA. Se trata de mi vision.
(El doctor y Clemencia no dejan un momento de observar á Julian.)

MUSICA.

CLEMENCIA. Qué dice?

JULIAN. (Mal año!...)

DUQUE. (Me falta valor!)

CHINCHILLA. El sueño es extraño.
Prestadme atencion.

—

Sonaba la media noche
de la villa en el reló,
y en las solitarias calles
todo era sombra y pavor.

CLEMENCIA. Es un trozo de comedia
de don Pedro Calderon. (Riéndose.)

CHINCHILLA. Á EL MÉDICO DE SU HONRA
(Con mucha intencion.)
semeja mi relacion.

JULIAN. (Ya no hay duda, me conoce.
El infierno lo abortó!)

CHINCHILLA. En la puerta de mi casa

rudo suena el aldabon.
«Quién?»—El médico corriendo.»
—Para quién?—Presto, doctor,
que se muere el pobrecito.—
Que no le alcanza la Uncion.—
—Pues decidle que se espere,
que ya acudo en su favor.—
Y el lecho dejando
de dulce calor,
me lanzo á la calle
cual rayo veloz!
Apenas el pie pongo
en el portal,
siento sobre mi pecho
frio un puñal.
Voz que al mundo dá espanto
me dice:—«Ten!»—
Yo tan humilde súplica
fino acaté.
Una venda en los ojos
luégo sentí,
y en un coche corrimos
medio Madrid.

—

CLEMENCIA. Jesús!
CHINCHILLA. Duquesa!
CLEMENCIA. Qué horrible es eso!
CHINCHILLA. Se pone mala?
Agua, agua presto!
CLEMENCIA. No es nada.
DUQUE. Siga.
JULIAN. No, que sus nervios...
CHINCHILLA. Prestad oido,
que va de cuento.

—

Subimos una escalera,
mi venda arrancar sentí,

y en rico lecho espirando
un enmascarado ví.
Tambien la faz encubrian
los que á su lado miré.
El enfermo jóven era
y aletargado le hallé.
Con avidez lo registro,
y al cerciorarme del mal,
en las marcas de su ropa
vi una corona ducal.
En su cuerpo la ponzoña
su horrible sello grabó.

—

—Don Julian se pone malo!
Agua! agua, por favor!

—

JULIAN. Estoy bien! (Doctor maldito!
Mal reprimo mi temor.)
CLEMENCIA. (En su vista inquieta y vaga
se refleja su pavor.) (Por D. Julian.)
DUQUE. (Esa historia á pesar mio
roba toda mi atencion.) (Muy preocupado.)
CHINCHILLA. (De aquel crímen el misterio
ya á mis ojos se aclaró.)

—

«Este jóven sucumbe á un veneno,»
—al punto esclamé.—
«Recetar necesito al instante:
tintero y papel.»
—El puñal con quien hice amistades
momentos atrás,
con gentil donosura en mi pecho
volvióse á posar.
«Un veneno que huella no deje
vais á recetar,»
—dijo un hombre.—Mas vos estais malo,
señor don Julian.

JULIAN. No.
CHINCHILLA. Lo dejo.
CLEMENCIA. Seguid.
DUQUE. Sí!
CHINCHILLA. Ya sigo.
Helado quedé,
y temblando y de espanto muriendo
al fin receté.
CLEMENCIA. Jesús!
DUQUE. Cielos!
CHINCHILLA. Su efecto es tardío,
mas cierto será.
Una gota no más por mañana
al triste le dad.

—

La venda me ponen,
el coche rodó,
y al lecho me tornan
de dulce calor.
CLEMENCIA. Fuisteis asesino!
CHINCHILLA. Duquesa, por Dios!
—Á ver ese pulso? (Al Duque.)
—Á ver, dadme vos. (Á Julian.)
JULIAN. (Yo tiemblo!)
CHINCHILLA. (Lo vende (Por Julian.)
su atroz pulsacion.
—Este es el enfermo.
He hallado á los dos.)

—

CLEMENCIA. (De Julian el semblante revela
horrible temor.
Otra duda que el alma me hiela
asalta á mi amor.)

—

JULIAN. (En las manos caí de este necio,
cautela y valor!
El castigo, el oprobio, el desprecio

me esperan sinó.)

—

DUQUE. (El misterio feroz de esa historia
me causa pavor.
En un sueño de horrible memoria
mi mente lo vió.)

—

CHINCHILLA. (Has echado con cebo el anzuelo
cual buen pescador.
Bien, Chinchilla! Este pez en su anhelo
el cebo mordió.)

HABLADO

CLEMENCIA. Decid: y ha muerto ese triste?
CHINCHILLA. No: todavía no ha muerto.
DUQUE. Bien... Pero el fin de ese drama...
CHINCHILLA. Aun está del fin muy lejos.
CLEMENCIA. Mas...
JULIAN. Prima, con esa historia
en hondo olvido hemos puesto
que el buen doctor, de la ciencia
blason claro, honor excelso,
cómo un médico de aldea
se halla en este lugarejo.
Honre vuestra quinta.
CLEMENCIA. Sí.
JULIAN. Vamos?...
DUQUE. Olvidais el riesgo
de Margarita?

ESCENA XII.

DICHOS, EL P. VICENTE.

P. VICENTE. Al instante. (Saliendo puerta izquierda.)
Que parta. Lejano el pueblo

está de la puerta falsa.

DUQUE. Corramos!

CHINCHILLA. Ántes miremos si álguien acecha.

DUQUE. Es verdad (Vásc con el doctor.)

JULIAN. Yo defendiéndola quedo.

(Al P. Vicente que los sigue. La Duquesa, sumamente preocupada, observa constantemente á Julian, y cuando el Duque se marcha por el foro, ella desaparece por la puerta, izquierda que entorna tras de sí, cuidando no ser vista de D. Julian.)

ESCENA XIII.

D. JULIAN.

He temblado.—¡Oprobio y mengua!
Mas calló. Respiro ya.
El fin del sueño será
que yo le arranque la lengua.
—Qué hacer? Maldito doctor!
Mas eso dá tiempo. Puedo
aguardar sin vano miedo.
—Á lo urgente sin temor.
—Se fueron. No hay nadie!—Sí:
la historia á su cabo toca.
Estoy solo con la loca! (Con satánica alegría.)
¡Con la loca que está allí!
Bien. Ninguno ve ni escucha.
Tiene una prueba... Oh! y buena!
Es el reló y la cadena
que me arrancó en nuestra lucha.
Ya se fugue, ya la prendan,
si á un tribunal la remite...
—Es fuerza que se la quite!
—Prudencia, no nos sorprendan.

(Julian corre la cortina del mirador del foro y queda la

esce na á media luz. La orquesta recuerda el principio de la escena final del acto primero.)

ESCENA XIV.

D. JULIAN, MARGARITA.

Sale en la actitud que se presentó en el final primero. Cree traer á su hijo en los brazos, y hace como que lo cubre con el desgarrado delantal. Canta á media voz los versos siguientes. Julian evita ser visto por ella.

MARGARITA. La sombra me ampara;
me escuda el amor.
Luis á su hijo
dará proteccion. (Sigue siempre la orquesta.)
JULIAN. (Ah!)
MARGARITA. Corro á ver á mi Luis.
JULIAN. De esta casa no te muevas,
si la prueba no le llevas
que te salva. (Al oido, saliéndole al encuentro.)
MARGARITA. Qué decis?
JULIAN. Luis está desesperado
creyéndote criminal,
porque esa prueba fatal
que tienes aún no le has dado.
MARGARITA. Oh! Y me la quieren quitar!...
sabes? (Con infantil candidez.)
JULIAN. Quién? Algun infame.
MARGARITA. Don Julian.
JULIAN. Dámela, dame,
que yo la sabré guardar.
MARGARITA. Es un reló.
JULIAN. Y su cadena.
MARGARITA. Con música. (Muy alegre y tarareándola.)
JULIAN. Dónde está?
(Con gran ansiedad y temiendo le escuchen.)
MARGARITA. Dónde?
(Parándose de repente y cambiando de fisonomía.)

JULIAN. Si á Luis se le dá...
MARGARITA. Á Luis! Qué idea tan buena! (Brincando de gozo.)
JULIAN. Dámela. (Con creciente ansiedad.)
MARGARITA. Si la he perdido!
JULIAN. Pues un cadalso te aguarda. (Con desesperacion.)
MARGARITA. Un cadalso? (Con gran temor.)
JULIAN. (Se acobarda!) (Gozoso.)
MARGARITA. Oh!... yo criminal no he sido. (Huye.)
Perdon! (Cayendo de rodillas en la mayor tribulacion.)
JULIAN. La prueba!...
(Por lo bajo, pero con mucha energía.)
MARGARITA. No sé...
JULIAN. (Van á venir!... Qué agonía!) (Desesperado.)
MARGARITA. Ah! (Un reloj de torre da una hora. Margarita cuenta por los dedos las cinco campanadas primeras y exclama aterrada.)
Las cinco!... Rosalía!...
(La orquesta recuerda la balada de Rosalía.)
JULIAN. Esa castigada fué
como infanticida!
MARGARITA. Sí!...
JULIAN. Y esa hora que el crímen sella,
ayer sonó para ella,
pero hoy suena para tí!
MARGARITA. Para mí!
JULIAN. La prueba!
MARGARITA. Está...
(Haciendo esfuerzos por recordar.)
JULIAN. Dónde?...
MARGARITA. Aquí! En mi pecho! Ved!
(Pugnando por sacarla del pecho.)
JULIAN. (Oh! Por fin rompo esta red
que me envuelve!
(Radiante de gozo y yendo á tomar el reló.)
CLEMENCIA. Julian! (Sencillamente.)
JULIAN. Ah! (Con el aliento.)

(Clemencio aparece en la puerta izquierda, cuyas hojas ha entreabierto momentos ántes, con rostro severo y mirada tranquila, y se interpone entre Margarita y Julian, ántes de que éste se haya podido apoderar del reló. Margarita permanece inmóvil con él en la mano, sin comprender lo que pasa.)

ESCENA XV.

MARGARITA, JULIAN, CLEMENCIA.

CLEMENCIA. ¿Osareis decir ahora
que vos no sois el culpable?
JULIAN. Callad, callad!
CLEMENCIA. Miserable! (Muy por lo bajo.)
JULIAN. Que os pueden oir, señora. (Mas bajo aún.)
—Para apartarla de Luis, (Balbuciente.)
robándola su cariño,
fuerza fué quitarle el niño.
Pero vive. (Casi al oido.)
CLEMENCIA. Qué decís?
JULIAN. Mis manos no se han manchado
con su sangre, por mi fé.
CLEMENCIA. Donde está?
JULIAN. No lo diré.
CLEMENCIA. Volvedlo al instante al lado
de su madre, ó por mi vida
que lo digo todo.
JULIAN. Oh!
Vos no direis nada.
CLEMENCIA. No?...
JULIAN. No.
CLEMENCIA. Sereis vos quien lo impida?
JULIAN. Puede.
CLEMENCIA. Esta prueba daré. (Tomando el reló.)
JULIAN. No me sorprende la nueva;
mas vos no dareis la prueba.

CLEMENCIA. Me desafíais?
JULIAN. Sí, á fé.
CLEMENCIA. Lo impide...
JULIAN. Tu honra y la mia. (Al oido.)
CLEMENCIA. Aún os mofais, insensato?
JULIAN. Abrid, abrid! (Por el reló.)
CLEMENCIA. Mi retrato!
JULIAN. Pues! Veis lo que yo decía?
CLEMENCIA. Gran Dios!
JULIAN. Id, si os atreveis.
Sinó, dadme... iré yo mismo.
—Estamos junto á un abismo.
Si yo caigo vos caeis.
CLEMENCIA. Caeremos. Aunque me aflija
verme unida á un delincuente;
yo salvaré á esa inocente.
JULIAN. Y vuestra hija?
CLEMENCIA. (Completamente aterrorizada.) Mi hija!
JULIAN. Ahora me vais á escuchar. (Con mucha frialdad.)
CLEMENCIA. Oh!... callad!...
JULIAN. Seré muy breve.
—¡Lo que á vos os manche, debe
á vuestra hija manchar!
CLEMENCIA. Oh!... (Anonadada.)
JULIAN. Será obrar con prudencia
aguardarme en esa estancia.
CLEMENCIA. Y... (Señalando condolida á Margarita.)
JULIAN. Yo calmaré vuestra ansia.
Yo la salvaré, Clemencia.
CLEMENCIA. Tomad. (Presentándole el reló.)
MARGARITA. (Interponiéndose entre los dos.)
Es mio!
JULIAN. Suyo!
(Á Clemencia con lástima por Margarita.)
MARGARITA. (Apoderándose de él.) Oh!
JULIAN. La cosa es ya muy distinta.
CLEMENCIA. Ah!

(Al ver que Julian, que la ha hecho llegar á la puerta izquierda, cierra las hojas violentamente.)

MARGARITA. Corramos á la quinta!

JULIAN. Si ántes no lo impido yo!

(Margarita desaparece radiante de alegría al verse de nuevo con la joya. Julian, que se ha cogido la capa al cerrar la puerta por donde hizo marchar á Clemencia, pugna un momento por desprenderla: por último la abandona y corre detrás de Margarita. Música en la orquesta.—La duquesa da golpes en la puerta y se le oye pedir socorro.)

MUTACION.

Al cambiar el teatro, cambia la orquesta de melodía.

CUADRO TERCERO.

AL BORDE DEL ABISMO.

El salto del Pasiego visto desde el valle.—Grandes masas de rocas practicables á uno y otro lado del primer término. Por el centro se despeña el torrente envuelto en espuma: en segundo término, el promontorio que da nombre al sitio, y del que nace una gran caida de agua que se precipita y confunde con el torrente, que desde el fondo desciende hasta la embocadura.—Entre las grietas que dividen las peñas que forman el promontorio, nace un árbol, del que se ve una rama gruesa desgajada, cuyas hojas tocan casi al agua.

Desde la especie de plataforma ó meseta que constituye el primer término de la derecha á otra que habrá á la izquierda, hay un grueso tronco que sirve de paso, cubierto de musgo y excrescencias.—Al fondo

montañas, en parte pobladas de árboles, entre los cuales se distinguen las desparramadas caserías del país y el rio, que tomando varias vueltas y perdiéndose á veces de vista, para aparecer en forma de cascada en otros puntos, perdiéndose, por último, entre la lontananza de montañas que limitan el fondo.

Luz espléndida del sol de la mañana.—El campanilleo del ganado mezclado con el ruido del agua y el canto de los pájaros, forman parte de la armonía que ha de producir la orquesta en este cambio de escena.

Pasado el primer momento, la orquesta indica la proximidad de gente que se acerca corriendo, cuyo canto se oye más tarde, siempre aproximándose, hasta que llega á salir el coro general á la escena.

Al oirse las voces de la chusma que se avecina, aparece Pablo sobre una de las peñas que en cuarto término encauzan al torrente, con su cuévano á la espalda y su palo de viaje en la una mano, trayendo de la otra una cabrita. Mide con la vista la distancia que hay hasta otra peña de la opuesta orilla, acaricia á la cabra, se persigna, retrocede, y apoyándose en el baral se lanza sobre el abismo y cae al otro lado. Llama desde allí á la cabra, le enseña un poco de pan que saca de un bolsillo, y la cabra salta y desaparece con él de la vista del público, internándose por la montaña.—Las voces del coro se oyen por momentos más cercanas.

ESCENA FINAL.

PABLO, que desaparece luégo, el DUQUE, el P. VICENTE, CHINCHILLA, D. JULIAN, el JUEZ, ALGUACILES, CORO GENERAL, y por último MARGARITA.

MÚSICA.

CORO, (dentro).

Un pueblo honrado
clamando está
sea castigada
la criminal.

Sirva de ejemplo
á nuestra edad.
Sed de justicia
tenemos ya.

HABLADO. (Á la orquesta.)

DUQUE. Oh! Tampoco aquí! (Con profundo desaliento apareciendo en la meseta de la izquierda.)

P. VIC. Desventurada! (Id.)

JULIAN. Pues hácia este sitio huyó. (Continúa hablando con el juez, que le sigue, en tono familiar. Como los anteriores y Chinchilla y los alguaciles, ocupan la planicie del primer término de la izquierda.) Debo haceros notar, señor juez, una muy extraña coincidencia.—Á la propia hora en que acaeció el terrible suceso que tiene consternada á la comarca, desapareció de estos lugares un mozo que ha tenido relaciones amorosas con esa infeliz.

VARIOS. Pablo?

JULIAN. Pablo, sí... Tal vez los celos...

DUQUE. (Ah! Qué infame!...

P. VIC. Tened!)

CHINC. Como no soy del país, ignoro hasta qué punto será pertinente nuestra observacion; pero no quiero ser ménos que vos, y ofrezco al señor juez hacer llenar muchas fojas de este proceso, sin que en ninguna de ellas tenga que figurar ese enamorado mancebo que decís. (Devorando con la mirada á D. Julian.) En cuanto á esa pobre loca...

DUQUE. Es inocente!

PUEBLO. (Dentro.) Muera!

JULIAN. Oid la voz del pueblo.

DUQUE. Que no es la del cielo esta vez!

P. VIC. Salvadla, gran Dios, salvadla!...

CANTO.

CORO. (Invadiendo todas las alturas de la izquierda.)
Un pueblo honrado
clamando está
sea castigada
la criminal.
Sirva de ejemplo
á nuestra edad.
Sed de justicia
tenemos ya.

—

DUQUE. Es inútil seguirla buscando!
Mi Margarita no existe ya!

—

P. VICENTE y CHINCHILLA.
Acosada la triste de cerca
en el torrente cayó quizá.

—

JULIAN. (Me he salvado si en ese torrente,—
tumba del hijo,—vino á parar!)

—

CORO. Justicia divina! En el torrente
tumba del hijo vino á parar!

—

P. VICENTE. Por ella recemos.
TODOS. Recemos. Ah!
(Al ver aparecer á Margarita por la derecha y avanzar hasta lo más alto del precipicio.—Gran consternacion.)
MARGARITA. Allá en la altísima
celeste esfera,
entre los ángeles
mi niño espera.
Volando rápida
su madre irá. (Avanza.)
DUQUE. Oh! Margarita! (Aterrado.)

P. VICENTE. Ten. (Id. y con dulzura.)
CHINCHILLA. Ten.
MARGARITA. Jamás!
CORO. Muera!
MARGARITA. Esos gritos!...
—Llorando está.
Es que se cansa
ya de esperar.
CORO. Eso es fingido.
Muera! Muera!...
DUQUE. Ah!
CHINCHILLA. Viva el pacífico
valle de Pas.

—

DUQUE. Esos horrísonos
gritos de muerte
los lanza impávido
un pueblo fuerte.
Si hay un intrépido
venga tras mí!

(El Duque pasa rápidamente y sin vacilar por el tronco que sirve de puente y trepa al promontorio por la senda que está debajo del sitio que ocupa Margarita, desapareciendo á la vista del público al tomar una vuelta despues de pasar por la rama tronchada. Dos de los alguaciles le siguen á una señal del juez, pasan con dificultad por el tronco, y se quedan en la planicie de la derecha. Un tercero que obligado por Julian va á pasar, resbala y se queda montado en el tronco y cogido á una rama de él al oir la voz del P. Vicente.)

JULIAN. Seguidle. (Á los alguaciles.)
CORO. Muera!
Muera!
P. VICENTE. Tened!
Hay un abismo
bajo sus piés.
Si dais un paso
se arroja á él!

TODOS. Oh!

CHINCHILLA. En su locura
riesgos no ve!

P. VICENTE. Á Dios roguemos
salga con bien.

TODOS. Gran Dios, ampárala!
compasion ten! (Caen de rodillas los del coro.)

(El que haya tenido la desgracia de ver á un inocente niño marchando en una gran altura por entre dos líneas que han de juntarse sobre un abismo, comprenderá lo que el autor desea que expresen en este momento todos los personajes que están en escena, ménos D. Julian, que desesperado incita á los alguaciles para que sigan al Duque.)

MARGARITA. Allá en la altísima
celeste esfera,
entre los ángeles
mi niño espera.
Allá voy, ser purísimo.
Aguarda: voy allá.

TODOS. Dios poderoso, ampárala!
Su muerte cerca está. (Gran silencio.)

JULIAN. (Á los alguaciles que están al otro lado, lanzando el cuerpo sobre el torrente y con poca voz, pero con mucha energía.)
Por esa senda
presto subid.
—Pronto, muchachos,
yo tengo aquí
veinte ducados,
vedlos lucir,
para el primero
que llegue allí.

(Fingiendo siempre gran interés y haciendo pasar de una bolsa á su mano las monedas.)

P. VICENTE. Este es el pueblo!
Há un punto aquí
su muerte á gritos
le oí pedir.

Ahora trémulo
le miro allí
pedir al cielo
por la infeliz.

CHINCHILLA. Este malvado
¿por qué querrá
con tanto celo
asegurar
á Margarita?
No hay duda ya.
Tiene la cara
de criminal.

PUEBLO. Como ella sienta
álguien tras sí,
sin duda alguna
se lanza ahí.
Ved! Ya se acerca
el Duque allí.
Salvad, Dios mio,
á esa infeliz!

(El Duque ha aparecido por detrás de Margarita como el nino que avanza detrás de una mariposa que pretende coger, y al par temblando de horror. Todo este concertante se debe cantar con voz casi imperceptible, campeando algo la voz de Margarita. Poquísima parte en la orquesta.)

DUQUE. Ten, madre mia,
piedad de mi!
—Como yo logre
su cuerpo asir,
reina del cielo,
levanto aquí
un santo templo
digno de Tí!

MARGARITA. Tranquilo duerme
risueño allí
mi hijo del alma,
mi serafin!

No haced ruido.
Aire sutil,
besa en su frente,
besa por mí.

TODOS. Mucho cuidado,
por caridad!

(Margarita sigue sus trinos hasta el final.)

—Ah! Se ha salvado!

JULIAN. Subid! (Á los alguaciles, frenético ya.)

DUQUE. Atrás!...

(El Duque ha logrado rodear con el brazo izquierdo la cintura de Margarita, y haciendo un movimiento rápido la atrae sobre sí apartándola del borde del abismo. Él estará en terreno un poco más bajo que ella, para que haga gracioso el grupo que se destaca en el horizonte. Los alguaciles que, incitados por la golosina de los ducados de D. Julian, trepaban por las peñas, se quedan como petrificados, al ver que el Duque les apunta con una pistola al decir: «Atrás!»—El alguacil que estaba montado en el tronco, al ver apuntar para abajo al Duque, se suelta de miedo y cae en el agua y sale agarrándose á las plantas de la orilla, despues de llevar varios chapuzones.)

DUQUE. Ahora de mis brazos
¿quién me la podrá quitar?

CHINCHILLA. y P. VICENTE.
Ahora de sus brazos
¿quién se la podrá quitar?

JULIAN y CORO. Ahora de sus brazos
el Juez se la quitará!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

CUADRO PRIMERO.

EL VALLS DEL FALSO HONOR.

Gabinete en la casa-palacio del Duque de Fontibre.—Es de noche. Puertas al foro y laterales. Muebles de mucho lujo. Dos lámparas que habrá sobre la chimenea estarán encendidas.

ESCENA PRIMERA.

CLEMENCIA, el DUQUE, el PADRE VICENTE, CHINCHILLA, D. JULIAN y PUEBLO. El Duque y el doctor aparecen escuchando por una de las puertas del foro: el P. Vicente y Clemencia hacen lo propio por la de la derecha. Ambas puertas están cerradas. D. Julian estará á la izquierda con los brazos cruzados, contemplando con sonrisa maligna los dos grupos y escuchando con delicia al pueblo que canta dentro.

MUSICA.

Canto del CORO, dentro.

Un pueblo honrado
clamando está
sea castigada
la criminal.

HABLADO.

P. VIC. Esta situacion se hace insostenible! (Con gran ansiedad · calor.)

JULIAN. El tumulto crece, el juez va á tener que adoptar una medida extrema y... (Fingiendo la misma inquietud que el P. Vicente al decir las frases anteriores.)

CLEM. Por Dios, Luis, haz lo que el señor cura te aconseja! (Con vivo interés.)

DUQUE. Margarita no sale de mi casa! (Resueltamente.)

CLEM. Ved que el pueblo no repara en privilegios, y que para él nada significan las cadenas que decoran vuestra puerta; que el estado de esa infeliz reclama los auxilios de la ciencia, y que lo primero que esta exige es establecerla en paraje seguro y tranquilo, y de ambas condiciones carece por ahora vuestra casa...

P. VIC. Que por otra parte no debe cobijar á la que ha de ser vuestra esposa, tan luégo como recobre la razon. (Vivamente.)

DUQUE. Creeis que eso será pronto? (Con gran ansiedad al doctor.)

CHINC. Mientras ignore la causa, por más que la sospeche, se me hace muy difícil contestaros.

CLEM. Yo recuerdo algunos casos...

JULIAN. Pocos! (Con afectada compasion.)

CHINC. En los de lesiones de afectividad,—como nosotros los llamamos,—y en todos aquellos producidos por ideas avasalladoras, la curacion es frecuente. (Encarándose con Julian.)

DUQUE. Salvadla!

CHINC. Lo deseo tanto como vos! La saña con que el pueblo la persigue, cierto misterio que envuelve á cuanto con este suceso se relaciona, y el vehemente deseo que abrigo de hallar el desenlace de una historia, que comienzo á creer está íntimamente relacionada con lo que aquí sucede, me tienen preocupado á tal extremo... que yo os ofrezco no darme un punto de reposo hasta penetrar en tan intrincado laberinto.

DUQUE. Cómo podré pagaros el interés que en lo que es tan mio os tomais?

P. VIC. Con obedecerlo en todo.

CHINC. Con eso.—Las extraordinarias facultades con que para venir á este valle me ha investido Su Majestad, harán que conmigo sean deferentes las autoridades, y á más espero que el cargo de primer médico de la real cámara de algo me ha de servir para ser escuchado en este caso práctico, en lo que con mi facultad se relaciona.

P. VIC. Pero sustraer á Margarita por más tiempo de la accion de la justicia no es posible. (Con rapidez.)

CHINC. Yo iré á ver al juez; la escolta que me acompaña pondré á sus órdenes, para que la demente sea por ella custodiada en lugar donde—observada por mi y sujeta á un régimen científico,—podamos esperar verla pronto libre y feliz en vuestros brazos.

DUQUE. Feliz sin nuestro hijo?

P. VIC. Víctima expiatoria, tal vez, de la falta de sus padres!

DUQUE. Falta que ahora mismo ansío reparar.

JULIAN. Eso es imposible en el estado en que se encuentra Margarita. (Vivamente.)

CHINC. Pero que aprovechando el primer momento de lucidez... (Mirando de hito en hito á Julian.)

DUQUE. Sí, señor cura, tenedlo todo preparado.

JULIAN. (Lo oís, Clemencia?

CLEM. Que nos observan!)

DUQUE. Si la salvais, vuestra es mi vida!

CHINC. Para que otros no puedan disponer de ella, no os olvideis de las prevenciones que os he hecho por el camino.

DUQUE. Y para qué quiero la vida sin mi hijo?

CLEM. Luis!

P. VIC. Para dar á la madre vuestro nombre.

CHINC. Y descubrir al asesino de vuestro heredero.

JULIAN. (Su heredero.) (Á Clemencia.)

PUEBLO. (Dentro.) Muera! muera!

DUQUE. Otra vez! (Corriendo fuera de sí hácia la puerta de la derecha,

en la que aparece Lucía al abrirla aquel.)

ESCENA II.

DICHOS, LUCÍA que sale apresuradamente.

LUCIA. Ay, señor Duque!...
DUQUE. Lucía!...
P. VIC. Qué sucede?
CLEM. Habla!
LUCIA. No puedo!—Me han insultado: dicen que yo tengo la culpa de todo y que somos la deshonra del valle.
CLEM. Pero qué traes?
LUCIA. Busco al señor cura.—Gerомо, el leñador de Selaya, vino preguntando por vos con urgencia.
JULIAN. Á estas horas? (Siempre receloso.)
P. VIC. Todas son iguales para mí.—Y te ha dicho para qué me quería?
LUCIA. Como es sordo como una tapia, mis preguntas no oyó. —Pidió un trago de vino, se lo dí: se echó entre pecho y espalda el de la Rioja y... «Dile al señor cura que en la fuente de los Avellanos hay quien le aguarda para cosa que no tiene espera, y Dios es testigo de que cumplí el encargo.»—Otro trago se echó, se arregló las chataras y se fué cantando.
JULIAN. Cosa más singular... (Siempre preocupado.)
P. VIC. Voy.
CHINC. Un momento.—¿Ha estado el juez en vuestra casa? (Deteniendo al cura y dirigiéndose á Lucía.)
LUCIA. Allí queda interrogando á vuestra gente.
DUQUE. Padre, no acudais á esa cita solo.
CHINC. No: yo le acompañaré.—(Ínterin vuelvo, (Al Duque.) no dejeis de observar á don Julian y á la Duquesa.)
DUQUE. (Qué me quereis decir?)
CHINC. (Silencio!) (Siguen hablando aparte.)
CLEM. (Acabad!) (Á D. Julian, que le habla aparte.)
JULIAN. (Es que necesito hablaros á solas y al momento.)
CLEM. (Por esa puerta podeis volver.) (La de la izquierda.)

DUQUE. (Doctor!)

CHINC. (Calma. Hace tiempo que eso se murmura.) Vamos? (Al cura, que habla con Lucía.)

P. VIC. Vamos. (El Duque se ha quedado pensativo.)

JULIAN. El señor Duque necesitará descanso.—Aconsejadle que se retire á sus habitaciones. (Á Chinchilla.)

CLEM. Sí. Su enfermedad... Yo no duermo. Aquí me quedo velando. (Marcando la frase última.)

DUQUE. (Oh!) Bien: descansaré.

CHINC. (Lo habeis oido?) Sí; descansad.—Yo respondo del juez.

P. VIC. Y yo del pueblo.—Hasta mañana.

JULIAN. Tambien yo me retiro á mi aposento.—No dejeis de avisarme si algo ocurre. (Á la Duquesa.)

LUCIA. Yo al lado de Margarita.

P. VIC. Ese es tu puesto.

DUQUE. Por allí... (Señalándole la puerta del foro.)

CHINC. Duquesa! (Qué ojos me echa esta mujer!) (Saludándola.)

CLEM. Buenas noches. (Váse Chinchilla.)

P. VIC. Dios quede con vosotros. (Váse.)

JULIAN. Á dormir. (Al Duque que lo acompaña á la puerta derecha.)

DUQUE. Eso... (Cerrando la puerta por donde salieron.)

CLEM. Que descanses, hijo.

(Muy dulcemente, al ver que se dirige á la puerta del foro, por donde se marchó Lucía. El Duque, en vez de irse, como espera Clemencia, cierra la puerta, se vuelve y contempla por un momento á Clemencia, y cuando esta va á interrogarle por su actitud, él la hace callar con la accion y comienza la escena con muy poca voz, pero con gran energía y resolucion.)

ESCENA III.

EL DUQUE, CLEMENCIA.

DUQUE.
Aunque en nombre... sois mi madre
y respetaros sabré; (Clemencia escucha atónita.)
que yo nunca olvidaré
fuisteis mujer de mi padre.
Mas si yo descubro aquí
que á su buen nombre faltó,

todo respeto acabó,
que mi padre vive en mí!
Es llano que si él viviera
agravio no toleràra,
y que á aquel que le faltára
muerte en el acto le diera.
Yo que aquí le represento
y que de vos he dudado,
cuentas de vuestro pasado
os exijo en el momento.
Miradas de inteligencia
noté no hace mucho aquí
con Julian; más: advertí
tambien que con insistencia
señalabais á esa puerta,
y una frase á mí llegó
que todo me lo aclaró
y que deja mi honra muerta.
Sin honra no sé vivir;
mi padre me está gritando,
la resucito matando...
Mataré por no morir!

CLEM. Qué dices? (Aparentando serenidad.)

DUQUE. Que he de matar,
pues que honra quiero tener.
Mirad vos cómo ha de ser
y que no basta el negar!

CLEM. Si... tomas por evidente
y como hecho consumado
cosas que *tú* te has forjado
en tu acalorada mente,
y te niegas á escuchar
á quien puede sincerarse..
¿qué ha de hacer?

DUQUE. ¡Qué?

CLEMENCIA. Resignarse...
y humilde el golpe esperar.

DUQUE. Si tomais ese camino
más mi sangre enardeceis.
Vos, señora, no sabeis
lo que sufro!

CLEMENCIA. Lo adivino.
(Con extremada frialdad y sonriéndose.)

DUQUE. Montañés de la montaña
yo mi sangre no desmiento...
y á mi honor con el aliento
como al cristal se le empaña.
Ved, Clemencia, si podré
tolerar sólo un instante
albergue en casa un amante
quien señora de ella fué.
Por eso há un instante aquí
os dije con rudo acento,
que deshonras no consiento,
que mi padre vive en mí!

CLEMENCIA. Solo tu febril estado
á mis ojos te disculpa.
¿Tengo por ventura culpa
de lo que tú te has buscado?
Si yo con Julian hablé
en reserva hace un instante,
fué porque... en casa tu amante
que era un peligro juzgué.
Y por la propia razon
que hace poco tú invocabas,
debieras ver deshonrabas
tu limpio y claro blason:
que en gentes de tu linaje
no se usa en casa albergar
á quien logró deshonrar,
infiriendo así un ultraje
á quien de ella... ¡aún es señora!

DUQUE. Que en cuna humilde nació
y que á duquesa llegó

como Margarita ahora.

CLEMENCIA. La infeliz en su abolengo
poco afortunada fué.

DUQUE. Ya al elegirla la honré.
Para dar y tener... *tengo*!

CLEMENCIA. Por si te llega á faltar,
buena es quitarme la mia.

DUQUE. Honra menguada sería.
De esa no suelo gastar.

CLEMENCIA. Basta ya! Hasta hoy ninguno
á hablarme así se atrevió!
Por respeto al que murió,
cállate!
(Llaman á la puerta izquierda quedito y con cierta precaucion.)

DUQUE. Dios trino y uno!
Á esa puerta están llamando!

CLEMENCIA. (Oh, Dios mio!)
(Siguen llamando con ligeros intervalos.)

DUQUE. Quién es?
(Ciego de ira pero casi sin voz.)

CLEMENCIA. No sé.
(Alzando la voz para ser oida.)

DUQUE. Silencio... Yo le abriré.
(Comprendiendo para lo que alza la voz.)

CLEMENCIA. Luis, por Dios! (Sujetándole.)

DUQUE. Estais temblando?
(Cogiéndola por el brazo.)
Citas con él y á tal hora!
Oh! (Llaman fuerte y la arroja lejos de sí.)

CLEMENCIA. No abras!

DUQUE. Idos de aquí,
(Indicándola la puerta del foro.)
ó no respondo de mí!
(Clemencia quiere hablar.)
—Dejadme solo, señora!
(En un arranque de ira, pero siempre muy por lo bajo.)

(El Duque cierra velozmente la puerta del foro por donde ha desaparecido Clemencia intimidada por él, y despues de aspirar con satisfaccion al encontrarse solo, abre la puerta de la izquierda, en la que se presenta Julian muy ageno de lo que pasa. Al oir al Duque, lo comprende todo de un golpe, y contesta con resolucion y frialdad, como el que sabe que toda otra cosa sería inútil. Esta escena, como la anterior, ha de declamarse á media voz, pero con enérgica expresion.)

ESCENA IV.

EL DUQUE, JULIAN.

DUQUE. Uno sobra de los dos
en el mundo!

JULIAN. Norabuena.

DUQUE. Clara es la noche y serena.

JULIAN. Testigos?

DUQUE. Serálo Dios.

JULIAN. Pero....

DUQUE. Si os quiero matar
por cubrir accion tan fea,
¿en otro que Dios no sea
tengo mi honor de fiar?
Ni aun dado caso que os venza
tranquilo me quedaré.
(Exaltándose por momentos.)
De saber que yo lo sé
daráme de mí vergüenza!

JULIAN. Salgamos! (Alzando la voz.)

DUQUE. No hableis: pisad
más quedo, porque si á alguno
ese rumor importuno
despierta, en la eternidad
le hundiré! Que si pensara
que sabían mi secreto
cuantos viven... cual os reto,

al mundo entero retara!
Y á tener la más incierta
duda de que se sabía
que aquí estais, fuego pondría
á esta casa, y esa puerta
cerrando, á mirar el sol
ninguno de aquí tornara
y mi honor limpio sacara
—¡aun muerto!— de este crisol.

ESCENA V.

DICHOS, MARGARITA, CORO, dentro.

MUSICA.

CORO. Muera! (Dentro.)
MARGARITA. Socorro! (Id.)
CORO. Muera! (Id.)
JULIAN. (Es el pueblo (Gozoso.)
que en la casa por fin penetró.)
DUQUE. Oh! Margarita!
(Abriendo la puerta del foro.)
MARGARITA. Salvadme!
(Saliendo y refugiándose en sus brazos.)
CORO. Muera!
DUQUE. Nada temas, que te amparo yo.
(Margarita se desprende de los brazos del Duque al oir de nuevo la voz del pueblo, y al verle cerrar la puerta del foro lo toma de la mano y se lo lleva á otro lado, con gran misterio é infantil ingenuidad, jugando siempre con el reló que trae en la mano, y canta la estrofilla siguiente con mucha donosura y candidez. El Duque no se fija en el reló hasta que en el diálogo se indica, y la escucha muy conmovido. D. Julian, con impaciencia.)
MARGARITA. Tímidas voces
á todas horas

cuchicheando
dentro esta joya,
que es mi tesoro,
cuentan mi historia
y muy bajito
me llaman loca.

—

DUQUE. Siempre fija esa eterna manía!
Toda esperanza para mí acabó!

JULIAN. (Soy perdido si el Duque recuerda
que un dia Clemencia la joya me dió!)

MARGARITA. Escuchad lo que yo les contesto
al son melodioso de este reló.

—

WALS DE EL FALSO HONOR.

Dice el mundo que estoy loca
y es el mundo quien lo está.
La madre que pierde un hijo
qué ha de hacer sino llorar?
Faltando á Dios y á los hombres
yo me deshonré al pecar.
El que pecó al deshonrarme
por qué honrado ha de quedar?
Haga el mundo que el que infama
se deshonre al infamar.
Mientras esto no haga el mundo
el mundo loco estará.

—

Solo es caso de honra
el faltar á Dios.
Ante Dios me humillo,
ante el mundo no!
Risa me da el mundo, (Rie.)
Dios me dá temor.
Por eso temblando

y riendo estoy yo!

DUQUE. (Parece que oyéndonos estaba.) (Preocupado.)

JULIAN. (Niños y locos dicen la verdad.)

—

MARGARITA. Honra tiene en este mundo
el que se la quieren dar.
Quien su madre ve ultrajada,
¿qué ha de hacer sino matar?
Faltará á Dios ~~y á los hombres~~, y á las leyes
pero honrado quedará!
Este falso honor del mundo,
¿cómo risa no ha de dar?
Haga el mundo que el que insulte
se deshonre al insultar.
Mientras esto no haga el mundo
el mundo loco estará.

—

Risa me produce
esa ley de honor.
Yo estoy deshonrada,
mi cómplice no!
Ya sonará la hora
en este reló,
(Mostrándoselo al Duque.)
en que tiemble el malo,
pero el bueno no.

—

DUQUE. (Oh! Es el suyo!)
(Tomándolo de mano de Margarita y mirando á Julian.)

JULIAN. (Soy perdido!)

DUQUE. Don Julian, qué hora será?

JULIAN. No traigo reló.
(Despues de fingir que lo busca.)

DUQUE. Es el vuestro! (Con arrebato.)
cómo en su poder está! (Dominándose.)

JULIAN. Lo ignoro.

DUQUE. Margarita,

Margarita, ven acá.
Quién esta joya te ha dado?

MARGARITA. Esta joya? Já, já, já!...
(Riéndose cándidamente de la pregunta)
Esta joya es un tesoro
que he quitado al criminal
que ayer tarde al hijo mio
asesinó.

DUQUE. Don Julian!
(Conteniéndose tras el primer arranque.)
Cómo á las manos de Margarita
este horario ha podido llegar?
(La sospecha que ha tiempo abrigaba
en este instante probada está.)

—

MARGARITA. (Escuchad y vereis cómo dice
que su dueño á mi hijo mató.)

—

JULIAN. (El momento que tanto temía
en este instante para mí llegó.)

—

Por fijo y exacto,
pues no le hay cuál él,
en vuestra alcoba
ayer lo dejé
recomendando
con vivo interés,
por él os dieran
papel por papel
la medicina
que les entregué.

—

DUQUE. Quién en mi alcoba
entraría ayer?... (Queriendo recordar.)

JULIAN. Pablo... no estuvo?...
(Como sin tener seguridad.)

DUQUE. Sí!!

ULIAN. Sí?... Pablo fué.

—

DUQUE. Ah!
Margarita es inocente!...
Me lo decía el corazon!
Ya no hay duda. Pablo ha sido
el que á mi ángel asesinó.

—

JULIAN. (Ah!
La calumnia me ha salvado!
Todos los medios lícitos son!
Con audacia y sangre fría
veré lograda mi aspiracion.)

—

MARGARITA. (Ah!
Mi sombra me pone espanto!
Á mí misma me infunde terror!
Quisiera de mí ocultarme
en sitio donde lo ignore yo!

—

(Margarita que llega á la puerta del foro buscando donde ocultarse, la abre rápidamente y desaparece por ella cerrándola tras sí.)

ESCENA VI.

EL DUQUE, JULIAN.

DUQUE. Nosotros...
JULIAN. Decidme el sitio y la hora.
(Casi hablado.)
DUQUE. En el que digais allí yo estaré.
JULIAN. En el camino de los robledales.
DUQUE. Al romper el alba. (Dándole la mano.)
JULIAN. Al sonar las tres. (Váse.)

ESCENA VII.

EL DUQUE.

En esta horrible tremenda lucha
á Margarita no hay que olvidar.
De aquí fugóse, huyó espantada
cual la paloma del gavilan.
Este reló la salva.
Hay que llevarlo al juez.
—Dónde podré encontrarle?
Veamos qué hora es. (Abre la doble caja.
—Qué miro? Su retrato!
Clemencia!—Qué miré?
Es ella!—Aquí hay letras!
(Leyendo con gran dificultad.)
«Tuya he sido y seré.»

—

Oh! (Desesperado.)
¿Cómo esta prueba
presento yo,
si ella publica
mi deshonor?

—

Prenda mia querida;
mi dulce amor,
para salvar tu vida
mato mi honor.
Gran Dios! Qué haré?
Mal hijo ó mal amante
tengo que ser.

—

Á mi brazo no falta la energía
para matar al vil que te deshonra.
Valor le falta, padre, al alma mia,
para inmolar al bien que el pecho adora.

—

Madre del ángel
á que dí el ser,
tu esposo amante
sabrá vencer
la angustia fiera
en que se ve...
y en lágrimas ahogado,
á su padre adorado
le pedirá,
que piadoso perdone
al hijo que pospone
sin vacilar
el honor de su padre
al amor de la madre
angelical,
de aquel ser purísimo
que cerca El Altísimo
con él está.

—

Ah!
Ya desde el cielo perdon me envía!
Su alma de padre perdona ya.
Tu hijo en la tierra al rayar el dia,
al vil infame sabrá matar!

(Desenvaina la espada y desaparece rápidamente por la puerta de la derecha. Se oye en el foro á Margarita tararear el wals.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO DEL TERCER ACTO.

MUTACION.

CUADRO SEGUNDO.

LA FUENTE DE LOS AVELLANOS.

Bosque de robles iluminado por la luna, que se descubrirá por entre un grupo de trasparentes nubes. Á la derecha un ribazo de avellanos y helechos que forman una especie de gruta, en el centro de la que hay una fuente natural, cuyas aguas forman una laguna marginada por juncos, espadaña y lirios silvestres. Desde el foro izquierda parte una estrecha senda practicable, que despues de tomar varias vueltas viene á descender hasta el primer término, perdiéndose, por la derecha, por detrás del bosquecillo de avellanos.

Pablo aparece sentado en una piedra y apoyado en su palo de viaje, cerca de la fuente, junto á él, y sobre una alfombra de helechos, estará el niño entre las patitas de la cabra en actitud de mamarle. Á corta distancia se verá el cuévano de Pablo, y sobre él el paño listado en que Margarita sacó envuelto á su hijo en el acto primero.

La luna ilumina el grupo de figuras, y lo reproduce en la laguna al par que los avellanos y demás plantas que crecen en el ribazo.

ESCENA IX.

PABLO.

Cambio instantáneo en la orquesta al efectuarse la mutacion, y canta Pablo con voz soñolienta cuneándose y con aire de nana lo que sigue, dirigiéndose al niño primero é imitando su voz. Despues se levanta rápidamente y canta la copla como hablando con el público.

MUSICA.

Nana!
Duerme, niño chiquito,

hasta mañana.

(En un arranque cómico.)

Si hay en el mundo un hombre
mas desgraciado
que este pasiego,
un ojo yo me saco...
y el otro luégo.

(Vuelve á sentarse con resignacion cómica, y dice como ántes rápidamente.)

Nana!
Duerme, niño chiquito,
hasta mañana.

(El mismo movimiento que en la estrofa anterior.)

Del pueblo salgo huyendo
despavorido;
miro hácia el cielo
y pendiente de un árbol
veo ese chicuelo.

—

Nana!
Duerme, niño chiquito,
hasta mañana.

—

Con ansia me tendía
las dos manitas
el angelito...
¿Quién en peligro deja
á un pobre niño?
Nana!
Duerme, niño chiquito,
hasta mañana.

HABLADO.

Apostaría cualquier cosa á que si en el pueblo me viesen con este *chicuco*, le colgaban el muerto—digo, el vivo, á... Si no la quiero nombrar: si no quiero acor-

darme de ella, no señor! (*Lloriquendo.*) Si no quiero que la nombres, Pablo... Y para qué? Á estas horas ya será duquesa, mientras que yo... (*Se enjuga las lágrimas.*) Y el señor cura que no llega!... Por si viniese acompañado, bueno será que ocultemos este... Huy! qué ojos me echa! Parece que el angelito quiere darme las gracias.—No hay de qué, monono: no hay de qué.—Anda, pasieguita mia, anda, vente con el niño.—Animalito! (*Á la cabra y colocando el niño en el cuévano.*)—Hijo de mis entrañas!—Cáscaras! De mis entrañas no.—De las del alma de tigre que le tiró! Porque á mí no me cabe la menor duda que... Lo que pueden los malos ejemplos!! Nada, se le vino á la memoria aquella infame Rosalia, que Dios haya perdonado, y... pataplum!—Quién sería el padre del hijo de Rosalía? Las malas lenguas dicen que... Pero ¡calle! Allí veo luces.—Ocultémonos por si acaso... —Mira, molondro, no te vayas ahora á echar á llorar y entónces... (*Levantando el puño.*) ¡Qué habías tú de pegarle, pedazo de bruto!—Nana... ea... ea... (*Cogiendo el cuévano y llevándoselo cuneándolo con mucho mimo. La cabra desaparece trás de Pablo. La luna ha desaparecido.*)

ESCENA IX.

EL PADRE VICENTE, CHINCHILLA y DOS CRIADOS *que los siguen con teas encendidas (ó manadas de lino, como usan en el país), que se quedan al foro.*

P. VIC. Es horrible la historia que me contais! (*Á media voz. Bajando foro izquierda.*)

CHINC. Hasta ayer le han seguido administrando el medicamento que yo le receté y que le ha venido produciendo efectos perfectamente contrarios á los que ellos se proponían; pero cometí la indiscrecion de hacerme sospechoso á los ojos de don Julian, contando en su presencia la misteriosa escena de Madrid, y hoy han querido hacerle tomar muy distinta medicina.

P. Vic. Y cómo sabeis?...

Chinc. Avisado el Duque por mí, no ha vuelto á tomar nada, entregándome el medicamento que esta mañana le quisieron hacer tomar, y que analizado está en poder del juez, como lo están tambien el criado á quien don Julian se lo entregó y el farmacéutico que lo ha preparado.

P. Vic. Asombra tanta maldad! No sé por qué se me figura que alguna relacion ha de tener lo que me acabais de contar con la extraña cita que para este paraje he recibido. Por si están ocultos y quieren hablarme á solas, retiraos.

Chinc. En el acto. Pero no olvideis que ni el mismo Duque sabe lo que vos. Lo complejo del crímen hace que el juez tenga que proceder con sumo tino y reserva.—Yo no me alejo mucho por lo que pudiera ocurrir.—Seguidme. (Á los criados, que desaparecen con él primera caj a izquierda.)

ESCENA X.

EL PADRE VICENTE, PABLO, despues CHINCHILLA y los CRIADOS.

P. Vic. Dios mio, ilumina á los que persiguen el crímen y protege á los inocentes!

Pablo. Señor cura?... (Sacando la cabeza por entre los avellanos del ribazo.)

P. Vic. Quién?

Pablo. Soy yo. Estais ya solo? (Todo á media voz.)

P. Vic. Pablo! Eres tú, hijo mio? (Gozoso.) Todavía andas por aquí, desdichado! (Cambiando de tono.)

Pablo. Ya estaría muy lejos si no fuera por el ángel que ayer se me apareció como á los pastores...

P. Vic. Cómo?

Pablo. Lo mismito que su merced lo pone en la iglesia la Noche-buena, colgado de un árbol.

P. Vic. Habla claro!... y ten presente que yo no he de hacerme tú cómplice.

PABLO. No lo dije? Ahora va á creer todo el mundo que yo... Si no se puede ser bueno! (*Llorando desesperado.*)

P. VIC. Vamos, vamos... Tranquilízate y cuéntame tus cuitas.

PABLO. Ya las contaré.—Vaya si las contaré!—Pero tenga vuesamerced la seguridad de que yo no he tenido parte ni arte en el negocio, y que el chiquillo no es mio.

P. VIC. Qué dices?

PABLO. Es que no quiero que salgamos luégo con que se me cuelga á mí el milagro. Estoy por callarme y...

P. VIC. No! Habla, hijo mio, habla!

PABLO. Harto tengo yo con la pena que me está ahogando, para que vengan á cargarme ese mochuelo!

P. VIC. Quieres acabar? (*Con gran impaciencia.*)

PABLO. Voy.—Ya sabrá su merced que Margarita me dió ayer unas calabazas como para mí solo. (*Con el corazon encogido.*)

P. VIC. Por tu desgracia, todo el valle lo sabe.—Sigue. (*Impaciente.*)

PABLO. Salí escapado huyendo de la cantaleta que me daban, y...—la verdad—pensando en irme á Comillas á casa de mi primo, para que me metiera en el primer barco que saliese para las Indias ó en emprender el camino de Jerez para volver en su dia hecho un *jándalo* con una moza á las ancas con quien dar dentera á esas...

P. VIC. Vamos, vamos! Hablemos de lo presente. Salistes del pueblo y...

PABLO. Perdonad.—Tomé el camino del desfiladero, y al llegar al mismo sitio del precipicio por donde Rosalía...

P. VIC. Sí, sí, adelante. (*Con creciente ansiedad.*)

PABLO. Qué adelante? Allí mismo me tuve que parar, porque... todavía me tiemblan las carnes cuando me acuerdo!—Pero que no vayamos á salir luégo con que es mio!

P. VIC. Pero de qué estás hablando? (*Con mucha energía.*)

PABLO. De qué he de hablar? ¡Del niño!

P. VIC. Qué niño? (*Con ansiedad.*)

PABLO. El que ví colgado de aquella rama tronchada que estaba crujiendo.

P. Vic. Dios santo!

Pablo. Los pañales del niño tocaban ya casi á las aguas del torrente. La pobre criatura me echaba cada ojo... alargándome las dos manitas... y la rama cruje que cruje!

P. Vic. Acaba! (*El doctor se va aproximando lentamente á Pablo.*)

Pablo. Yo, por más que avanzaba el cuerpo sobre el abismo... nada!... y la rama desgajándose.

P. Vic. Y entónces...

Pablo. Entónces, acordándome de Margarita, digo, de la señora duquesa... cierro los ojos, me agarro con una mano al tronco del árbol, y cogiendo con la otra el traje del niño, doy un tiron y... (*El doctor, atraido por el interés, estará ya en este momento junto á él.*)

P. Vicente y Chinchilla. Ah! Y qué?

Pablo. Allí se quedó un pedazo de la tela que lo envolvía.

P. Vic. Y el niño?

Pablo. Toma! En mis brazos!

P. Vic. Gracias, Dios mio!

Chinc. Pero vivo? (*Pablo contesta sin saber á quién, y al verlo retrocede.*)

Pablo. Vivo! (Huy! qué ojos!) Caballero? (Si será el padre?)

P. Vic. Doctor! (*Radiante de alegría.*)

Chinc. He sido indiscreto. Temí por vos, y todo lo he escuchado.—Pablo, que Dios te bendiga.—Sigue.

Pablo. Yo... (*Receloso é interrogando al cura con la mirada.*)

P. Vic. Es de los nuestros.

Chinc. Á dónde llevaste al niño? Dónde le tienes? (*Asaltado por una idea.*)

Pablo. Aquí... (*Receloso.*)

Chinc. Oh! Ahora sí que estoy seguro de salir bien de la prueba á que vamos á sujetar á esa infeliz!

P. Vic. (Qué nada sabe!) (*Por Pablo, rápidamente, ap. al doctor.*)

Chinc. (Es verdad.) Vos, señor cura, lo habeis dejado todo dispuesto?

P. Vic. Todo.

Chinc. Entónces Pablo debe, aprovechando la oscuridad, coger al niño y llevarlo á casa de Margarita.

PABLO. Yo!...

P. VIC. Haz lo que el señor te dice, y ten presente que en ello no sólo te va la vida sino tambien la de aquella á quien tanto quieres.

PABLO. ¡La de ella? Ay, Dios mio! (Desaparece velozmente por dónde ocultó el niño.)

ESCENA XI.

DICHOS ménos PABLO.

P. VIC. Qué alma tiene!

CHINCH. Oh! Excelente! (Al doctor, al ver á Pablo desaparecer.)

P. VIC. Tengo miedo por él. Si la plebe llega á verlo despues de la calumnia que ese don Julian ha esparcido...

CHINC. ¿Olvidais que desde que hice saber que al salir el sol he de hacer público el nombre de la elegida para nodriza de su alteza futura, cada cual se marchó á su casa á descansar, con el fin de no faltar á esa hora en el mercado? El pueblo es como los niños: no hay más que saber distraerlo.

P. VIC. No os olvideis de mi recomendada. Es una santa.

CHINCH. No.—Tengo un plan... Silencio... que vuelve Pablo.

ESCENA XII.

DICHOS, PABLO, con el niño en el cuévano, y un caminante que canta dentro y sale luégo.

PABLO. Vedle, vedle qué hermoso!

CHINCH. No hay tiempo que perder. En la casa no hay nadie: coloca al niño en sitio donde con facilidad sea visto, y ocúltate donde puedas estar vigilándolo hasta que lleguemos nosotros.

PABLO. (Quién es este señor? (Al cura, al ver que dispone con tanto desembarazo.)

P. VIC. Aquí representa á la persona del mismo rey.

PABLO. ¡Sopla!

P. VIC. Calla y obedece!
PABLO. Obedezco y callo.)

(Se oye cantar al caminante. Todos rodean el cuévano y escuchan sobrecogidos. Los criados que se habían sentado se levantan y se dirigen al foro derecha.)

CANTO, (dentro).

CAM. No te ufanes, rio Ebro,
que la mar ha de tragarte.
Al fin grandes y pequeños
la muerte los hace iguales.

HABLADO.

CHINCH. Extraña copla!
P. VIC. Hácia aquí vienen!
CHINCH. Vete, Pablo, no te vean.
P. VIC. Vete!
CHINCH. Y desde este instante eres mudo.
PABLO. Yo? (El caminante se acerca repitiendo la copla.)
P. VIC. Es preciso!
CHINCH. Anda! (Pablo se está colocando el cuévano á la espalda.)
PABLO. Ya me voy, ya me voy. (Mal haya sea mi debilidad y mí...)
CHINCH. Vamos!
PABLO. (Huy!... qué genio tiene la persona del rey!...)
CHINCH. Pronto!
PABLO. Cuidadito con la copla!... (Váse corriendo por la primera caja izquierda. La cabra, que salió al ribazo cuando Pablo con el niño, da un salto salvando la laguna y desaparece detrás de Pablo. El caminante aparece en el foro derecha y pregunta á los criados que están en el camino.)
CAM. ¿La casa solariega de los señores duques de Fontibre, está muy lejos aún?
P. VIC. No os falta mucho para llegar á ella; pero si no conoceis el camino, sería prudente no lo continuaseis hasta que haya amanecido.

CAM. No me puedo detener, es muy urgente la mision que traigo del colegio de señoritas nobles de Vergara.

P. VIC. Acompáñale tú. (Á uno de los criados.)

CAM. Gracias. (Chinchilla se aproxima al criado y le dice aparte.)

CHINCH (No digas dónde nos dejas ni á quién has visto.) Parte... (El Caminante desaparece cantando por el foro izquierda guiado por el criado.) ¿No os llama como á mí la atencion ese viagero? (Comienza á clarear y á transparentarse el fondo.)

P. VIC. En este país es cosa frecuente. No tenemos otros medios de comunicarnos.—Lo que me preocupa, y mucho, es el señor Duque La milagrosa salvacion de su hijo, en el estado en que se encuentra...

CHINCH. Sí, sí. Hay que prepararlo. Las buenas noticias á veces son terribles. No hay tiempo que perder. La del alba se avecina y... Álguien llega. Silencio! (Ambos se retiran á la derecha. El criado que se había sentado sobre una piedra del foro izquierda, se ha dormido, y la antorcha que tenía en la mano arde sobre la roca. El Duque sale por la segunda caja izquierda desde donde llama; avanza, y al ver á los dos, pero sin reconocerlos, retrocede desenvainando la espada.)

ESCENA XIII.

DICHOS, el DUQUE.

DUQUE. Don Julian? (Pausa.) ¿Sólo no estais?
P. VICENTE. Oh!
CHINCHILLA. (¡Él!) (Al P. Vicente.)
DUQUE. ¡Lo dicho así cumplís!?
—En guardia los dos!
CHINCHILLA. Don Luis! (Se descubren.)
P. VICENTE. Ved que equivocado vais. (Con dulzura.)
DUQUE. Cómo?
CHINCHILLA. Nunca yo creyera
que cristiano y caballero
cruzara su limpio acero
con quien digno de él no fuera.

P. VICENTE. Cómo el duque de Fontibre
así de su Dios se olvida
y el acero fratricida
hace que su mano vibre?

DUQUE. Cuando se llega á inquirir (Entrecortado.)
que hay quien nos causa rubor,
el código del honor
manda matar ó morir.

P. VICENTE. Si al matar nada se sigue,
pues quien muere no repara,
y quien muere es cosa clara
que su objeto no consigue,
¿qué lograreis?

DUQUE. (Con hondo dolor.) Ay de mí!
Yo las leyes no formé,
que hechas me las encontré!

P. VICENTE. No es esta infame?

DUQUE. Es así!

P. VICENTE. Cuándo habrá hombre de valor
que á no obedecerla exhorte?

DUQUE. Cuando haya otra ley que corte
la vida al deshonrador!
Entónces no habrá de ser
vil quien desdichado ha sido,
ni caerán sobre el marido
las faltas de la mujer.
Entónces, roto el vil yugo
de preocupacion malvada,
será la víctima honrada
y deshonrado el verdugo.

P. VICENTE. Oh!

CHINCHILLA. Calmaos, por compasion.

DUQUE. Quién pide á mi pecho calma?
Lágrimas tengo en el alma
y hiel en el corazon!

P. VICENTE. Hijo!

DUQUE. Padre!

(Descansando la cabeza sobre el hombro del cura y sollozando.)

CHINCHILLA. Ya amanece.

(Aprovechando el momento en que está el Duque y como preparándolo.)

El nuevo sol nos traerá
tal vez la dicha.

P. VICENTE. Quizá
Dios á perdonar empiece.

(Comprendiendo al doctor y siguiendo su intencion.)

Cometísteis un pecado
y rudo el castigo ha sido.

CHINCHILLA. Tal vez Dios compadecido
hoy los haya perdonado.

DUQUE. La esperanza para mí

(En la mayor afliccion é irguiendo la cabeza.)

ha muerto!

CHINCHILLA. Qué desvarío!

P. VICENTE. No blasfemes, hijo mio!

CHINCHILLA. El que aguardábais aquí

(Marcanda mucho las palabras.)

ha caido en nuestro lazo;
sus cómplices, presos, ya
han declarado: ¡quizá
una madre en su regazo
al ser que muerto creyó,
en este instante acaricia...
Ved si esperé con justicia
del dia que alboreció!

(El Duque levanta la cabeza y escucha sin saber lo que oye dominado por la emocion.)

DUQUE. Qué decís del hijo mio?

(Con poca voz y completamente aturdido.)

—Qué es, padre, lo que escuché?
Repetídmelo, porque
dudo si es que desvarío!

(Siempre con poca voz y como delirante.)

P. VICENTE. Cuando el labrador despierta,
(Con creciente agitacion. El Duque escucha con gran ansiedad. Música en la orquesta.)
al ver la aurora salir
comienza por bendecir
la luz que dora su puerta.
(Crescendo en la orquesta.)
En la oscuridad dudó;
la nueva luz le da fé,
que con ella vivos vé
frutos que muertos creyó...
y al compás de la armonía
de la esquila del aldea
se persigna y balbucea
contrito un Ave-María.
El sol á alumbrar empieza;
con él os vuelve el Señor
el fruto de vuestro amor...
Descubrid esa cabeza
y radiante de alegría
y signándoos con la cruz,
á la madre de la luz
esclamad: ¡Ave María!!
(El Duque que se ha descubierto como maquinalmente, al ir siguiendo frase por frase al P. Vicente con creciente agitacion, cae de rodillas y se le ve rezar fervorosamente la oracion del Ángel, al par que la orquesta ejecuta una melodía religiosa. El doctor ha seguido en todos sus movimientos al Duque, descubriéndose tambien y cruzando las manos y fijando los ojos en el cielo en accion de gracias. Pasados estos breves instantes se levanta el Duque, y ahogado por las lágrimas, dice con arrebato:)

DUQUE. ¿Dónde está mi hijo del alma?
Decídmelo pronto, padre!

P. VICENTE. En la casa de su madre
espera!

DUQUE. Hijo mio!

(Logrando desahogar su pecho y dirigiéndose hácia la izquierda.)

P. VICENTE. Calma!

(Conteniéndole cariñosamente.)

CHINCHILLA. Mas que nunca necesita
dominar su sentimiento.

P. VICENTE. Corramos! (Subiendo al foro izquierda.)

CHINCHILLA. Sí!!

DUQUE. Como el viento!

CHINCHILLA. Á salvar á Margarita!

(Desaparecen rápidamente por el foro izquierda.)

FIN DEL SEGUNDO CUADRO DEL ACTO TERCERO.

MUTACION.

CUADRO TERCERO.

INFRAGANTI.

Habitacion de la casa de Margarita, tal como quedó en el segundo acto. Oscuro hasta que se descorre la cortina del foro izquierda.

Cambio musical en la orquesta, que prepare la salida de Pablo.

ESCENA XIV.

PABLO con el cuévano y en él el niño; despues algunos pasiegos y alguaciles.

Pablo sale por la puerta de la izquierda creyendo que lo persiguen. Se cerciora de que no es cierto y despues de colocar el cuévano en el centro, saca una silla de la habitacion de la derecha, la coloca junto al cuévano, que cubre con el paño listado, echando una parte de él sobre el respaldo de la silla, para dejar aire al niño.

—Entre tanto los pasiegos y alguaciles han aparecido por el balcon y se ocultan tras las cortinas los unos, y los otros por la puerta izquierda.

PABLO. Oh!... Los burlé!—Sola ya
la casa donde nació!
(Con amargura, paseando una mirada por la escena.)
Qué ingrata!... Cuanto se vió
duquesa... Aquí oculto... Ah!
(Al dirigirse á la puerta izquierda para ocultarse, aparecen en ella los alguaciles, al propio tiempo que los que estaban al foro con los mozos lo cogen, y poniéndole un pañuelo blanco á la boca se lo llevan por la izquierda.)

ESCENA XV.

EL DUQUE, el P. VICENTE, MARGARITA, CHINCHILLA, el Juez y algunas pasiegas y LUCÍA.

Lucía sale despues de algunos compases de la orquesta, por el foro, y descorre la cortina, aclarándose el teatro. El P. Vicente aparece trayendo de la mano á Margarita, y la siguen el Duque, Chinchilla, el Juez y algunas pasiegas. El cura deja á Margarita en el centro de la escena y se retira al mirador del foro por donde han entrado. El Juez y Chinchilla se cercioran de que el niño está en el cuévano, y se ocultan, el primero en la puerta de la derecha y el segundo en el dormitorio. Lucía y las pasiegas se agrupan en la puerta izquierda.—Margarita, cuya fisonomía parada ha empezado á contraerse al ir reconociendo el sitio en que está, fatigada se deja caer en la silla que colocó Pablo junto al cuévano.—El Duque llega

conmovido á donde está su hijo, lo besa, procurando no ser visto de la madre, y se retira al fondo, desde donde le llama la atencion con las primeras frases cantadas, simulando acudir como otras veces á su cita.

MÚSICA.

CANTO, (en la orquesta.)

DUQUE. Aquí me tienes firme y constante. (Mucha dulzura.)
MARGARITA. Diamante firme soy en querer.
(Levantándose maquinalmente.)
DUQUE. Tú eres la rosa de la pradera
que de la aurora toma su ser.
MARGARITA. Que no se enteren! (Con infantil temor.)
DUQUE. Mi Margarita!
MARGARITA. Dí que me quieres!
(Cogiéndole fuertemente por el brazo.)
DUQUE. Muero por tí! (Mucha pasion.)
Ahora me abrasan de amor tus ojos:
muero de helado lejos de aquí.
(Margarita le oye como embelesada.)

—

Mírame y muera contento y loco
bajo el influjo de su calor,
que cual los dardos matan de heridas
tus ojos claros matan de amor.

—

MARGARITA. Si tal hicieran...
(En un enérgico arranque y desencajada.)
DUQUE. Qué les harías? (Mucha dulzura.)
MARGARITA. Los arrancara! (Frenética.)
DUQUE. (Cogiéndole las manos.) Mi dulce bien!
Loco me vuelves!
MARGARITA. (Candidez infantil.) Yo no estoy loca?
Tus dulces frases matan tambien.

—

Que yo las oiga mil y mil veces: (Con arrebato.)
que entre tus labios sienta el rumor

de esas palabras que me extasían
cuando me dices: «Muero de amor!»

—

DUQUE. Por tí muriendo,
dulce bien mio,
cual otro tiempo
tu Luis está.

—

MARGARITA. Yo desfallezo! (Dejándose caer en la silla.)
DUQUE. Prenda querida! (Sosteniéndola.)
MARGARITA. Esto es un sueño?
DUQUE. Es realidad.

—

MARGARITA. Sigue mintiendo
si es que me quieres
porque yo muero
si no es verdad.

—

(Gran ansiedad en todos los personajes que han aparecido al caer Margarita sobre la silla.)

CHINC. (Llegó el momento
ya de la crisis.
(Al Duque al oido haciéndole notar la risa y llanto de Margarita.)
El juramento
le recordad.)

P. VICENTE. (Vírgen y Madre
esos tus ojos
vuelve á este triste
Valle de Pas!)

—

LUCÍA y CORO DE PASIEGAS.
Haz un milagro,
Vírgen María,
y sus pecados
perdónala.

—

(Estas estrofillas de plegaria como la que dice el doctor aparte al Duque, se cantarán casi con el aliento y con mucha ansiedad y fervor religioso. Durante este canto, no deja de oirse á Margarita luchar entre la risa y el llanto. El Duque levanta con la mano izquierda el paño que cubre al niño, y extiende la derecha sobre él para hacer el juramento, cayendo despues de rodillas, arrojando el paño lejos de sí.)

DUQUE. Por esa dulce y cándida sonrísa
y ese mirar de sus celestes ojos
—vivos testigos de mi ardiente amor,—
te juro una y mil veces, Margarita,
—ante mi hijo, postrado aquí de hinojos,—
ser siempre tuyo para el mundo y Dios.

—

MARGARITA. Silencio, desdichado!
No jures, no!
el sueño de la muerte
duerme mi amor!

—

DUQUE. No lo creas.
MARGARITA. Pobre loco!
(Riéndose con lástima de él y pugnando por llorar.)
CHINCHILLA. Llorad!
(Observándola y casi á su oido.)
DUQUE. Llora!
MARGARITA. Llorar? (Con espanto.)
Oh! No puedo! (Risa nerviosa.)
—Quién es ese) (Al Duque por el doctor.)
DUQUE. Nuestro ángel tutelar.
MARGARITA. El mio está en el cielo!
—El tuyo es el del mal,
perjuro! (Volviendo al frenesí.)
—Vete! Vete!
DUQUE. Oh! (Desesperado al verla furiosa de nuevo.)
CHINCHILLA. (Silencio!) (Al Duque.)
MARGARITA. Apartad!

CHINCHILLA. Vuestro hijo, Margarita,
está vivo!
(Llevándola al cuévano y mostrándola el niño.)

MARGARITA. Vivo? Ah!!...
(Grito desgarrador.—Cae de rodillas junto al cuévano y besa frenética al hijo, llorando y riendo á un tiempo. El doctor va de un lado á otro imponiendo silencio á todo el mundo: hace una señal al cura y este agita en el aire un pañuelo blanco como seña convenida con los de fuera. Inmediatamente se oye el repique lejano de campanas y música popular que se aproxima. Durante el canto siguiente y su preparacion, se oyen los sollozos y la risa nerviosa de Margarita. El Duque en actitud de orar, fijos los ojos en el cielo. El llanto de Margarita va dominando á la risa. El doctor la observa.)

P. VICENTE. La campana nos llama ya al templo.
Ante el ara santa
venid á jurar
que sereis de casados ejemplo.
Venid presurosos,
que espera el altar.

DUQUE. Ven.

MARGARITA. Qué dice? Dios mio,
lágrimas!

DUQUE. Margarita,
el templo nos espera.
Ven.

MARGARITA. Ay! Dios te bendiga!

—

(Besándole repetidas veces las manas y rompiendo á llorar.)

CHINCHILLA. (Ese llanto, ese llanto la salva!
Silencio por Dios!) (Á todos ap.)

—

DUQUE. Es mi hijo!... mi hijo del alma!...
Bendice al Señor!

TODOS. Ese llanto, ese llanto la salva!

Silencio por Dios! (Los unos á los otros.)

—

MARGARITA. Ay! mi Luis, mi Luis de mi alma!
Este es nuestro amor. (Grito.)

DUQUE. Gracias, Dios mio!

MARGARITA. Gracias!

TODOS. Se salvó!

—

MARGARITA. Es el hijo risueño y hermoso
que llena mi espíritu
de ensueños de amor.
Es el ángel de rostro hechicero
que torna á mi alma
el ser que perdió.

—

(Se oyen de nuevo las campanas.)

CONJUNTO.

DUQUE y MARGARITA.
La campana nos llama ya al templo.
Ante el ara santa
vamos á jurar
que seremos de esposos ejemplo.
Vamos presurosos,
que espera el altar.

TODOS. La campana los llama al templo.
Ante el ara santa
marchad á jurar,
que sereis de casados ejemplo.
Marchad presurosos,
que espera el altar.

CORO. (Dentro. Acompañándose con panderetas y en tono desgarrado.)

UNOS. Del Valle de Pas salen.

OTROS. Trebole, trebole.

UNOS. Muchas pasiegas

con la saya rabona.

OTROS. Trebole, ¡ay!

UNOS. Vuelven duquesas.

TODOS. Trebole, trebole,
trebole, trebole,
trebole, ¡ay!

(Sigue oyéndose el acompañamiento de panderetas. Será una especie de pasacalle que se aleja. Las campanas continúan oyéndose. Durante el canto anterior, han rodeado todos los personajes á Margarita, que acaricia á su hijo radiante de felicidad. Lucía, que ha entrado por la puerta izquierda para retirar el cuévano y la silla, sale apresuradamente y muy sobresaltada y dice á media voz.)

HABLADO. (Á la orquesta.)

LUCIA. Don Julian se acerca aquí!

JUEZ. Dejadme solo. (Agitacion en todos.)

DUQUE El reló. (Entregándoselo.)

MARGARITA. Y mi hijo? (Sobresaltada.)

LUCIA. Lo llevo yo. (Tranquilizándola.)

P. VICENTE. Al templo!

MARGARITA. Que lo vean! (Con orgullo.)

DUQUE. Sí! (Estrechándole las manos.)

(Desaparecen por el foro de dos en dos. El juez hace como que toca el muelle del reloj y se comienza á oir en la orquesta la melodía: abre el armario, lo coloca en él, cierra quitando la llave y se oculta detrás de la cortina del mirador, que habrá corrido al salir el último personaje de la escena anterior.—Julian sale inquieto y como buscando a álguien con ansiedad.)

ESCENA XVI.

JULIAN, el JUEZ, que sale despues.

JULIAN. Tampoco aquí!... Qué escuché? (Con terror.)

—Esa música maldita
en todas partes me grita:
«asesino!» (Escuchando.)
Ilusion fué! (Tranquilizándose.)
—Esta pícara conciencia!...
—No es ilusion! Allí suena!... (Señalando al fondo.)
—Y ese reló y su cadena
comprometen á Clemencia!...
—Si allí estuviera... Veamos!
(Con el gozo de rescatarlo.)
—¡Cerrado!—Con este acero...
(Sacando el puñalito de montería que lleva.)
Se resiste! (Procurando hacer saltar la cerradura.)

JUEZ. Caballero...
(Colocándole una mano sobre el hombro.)

JULIAN. Oh!

JUEZ. Venid conmigo.

JULIAN. Vamos.
(Julian aparentando tranquilidad y con soltura y voz melíflua. Se siguen oyendo á lo lejos las campanas y la marcha. Con el juez habrán salido dos alguaciles que le indican á Julian la puerta por donde desaparecen todos.)

FIN DEL CUADRO TERCERO DEL ACTO TERCERO.

MUTACION.

CUADRO CUARTO Y ULTIMO.

EL DIA DE LA JUSTICIA.

Altozano en el que se celebran las ferias y mercados de la comarca. Desde el segundo término comienza á elevarse el terreno hasta el centro de la planta del escenario, donde se supone hay un corte de tierra que domina el camino que conduce al valle, que se ve panorámicamente alumbrado por los primeros rayos de un sol vivísimo.

Á la derecha, segundo término, hay un edificio muy antiguo que sirve de *Casa del Concejo* y de cárcel su piso bajo, en el que habrá una ventana de doble reja en la parte que da frente al público.

Á la izquierda, la iglesia con su porche ó átrio bizantino; un arco de este mira al público, tres forman la fachada principal, y otro, que corresponde al primero, da paso al camino que se supone desciende al valle.—Junto al ángulo saliente de la iglesia hay un tablado cubierto de tapices y sobre él una mesa con rico tapete y junto á ella un sillon y un taburete.

La plaza mercado estará completamente ocupada por puestos de todas clases de mercancías, frutas, telas, etc., etc. La última línea de aquellos, que ocupa la parte más elevada, tendrán sus toldillos ó cubiertas de ramaje.

Al descubrirse la decoracion, avanzan hácia el proscenio los pasiegos y pasiegas cantando, acompañándose con panderetas al compás de las gaitas, tamboriles y triángulos de los ciegos y cegales (lazarillos de los gaiteros).

Las campanas que hasta este momento se habrán oido muy lejanas, suenan como si estuvieran en la misma escena. Gran desarrollo de la Montañesa del Trébole que se oyó ántes dentro.

ESCENA XVII.

PASIEGOS y PASIEGAS, VENDEDORES y VENDEDORAS, SERVIDUMBRE DEL DUQUE; COMITIVA DEL DOCTOR, el DUQUE, el PADRE VICENTE, CHINCHILLA, MARGARITA, LUCÍA, CAMARON, CHICOS y CHICAS, ESCOLTA DEL DOCTOR, TAMBORILEROS, GAITEROS CEGALES QUE LOS ACOMPAÑAN. Despues PABLO, un ALGUACIL y la ENLUTADA.

MUSICA.

Es guardar á una pasiega
agua en cuévano guardar;
pedir que pare al Pisueña
y que el Pas no vaya al mar.

—

(Comienza á salir por el primer término de la izquierda la servidumbre del Duque con librea de gran gala que de dos en dos van subiendo al templo seguidos de la comitiva del doctor; despues todos los personajes que tomaron parte en la penúltima escena del cuadro anterior, tal como salieron de casa de Margarita. Cierra la marcha la escolta del docto. Chinchilla, que se queda á la puerta de la iglesia. Cuando ya ha penetrado Margarita en ella aparece Pablo tras la reja de la cárcel y un alguacil sale de la casa del Concejo, cuya puerta custodia. La enlutada estará sentada cerca de la reja con su hijo en los brazos.)

CORO GENERAL. Del valle de Pas salen.
—Trébole, trébole—
muchas pasiegas
—trébole ¡ay!—
con la saya rabona.
—Trébole, trébole—
vuelven duquesas.
Trébole, trébole,
trébole, trébole,
trébole, ¡ay!

(Retrocede el coro al fondo para dejar libre el primer tér-

mino á las parejas que en corro bailan las giraldillas al compás de los instrumentos que á golpes secos ejecutan una especie de marcha ó pasa-calle. Vuelve á oirse el repiquetear de las campanas y la comitiva continúa penetrando en l iglesia. Las pasiegas se agrupan hácia la iz quierda y los pasiegos hácia la derecha.)

ELLAS. Loca la Margarita,
—mírala, mírala!—
estaba ayer.
—Mírala, ¡ay!
Con ella hoy casa el duque...
—mírala, mírala—
el loco es él!
Mírala, mírala,
mírala, mírala.
Mírala, ¡ay! (Con envidia.)

ELLOS. Te llevan á la iglesia,
—ráscate, ráscate—
duque simplon;
—ráscate, ¡ay!
Tú no comiste bollo,
—ráscate, ráscate,—
sin coscorron.
Ráscate, ráscate,
ráscate, ráscate.
Ráscate, ¡ay! (Riéndose.)

—

.... (*)

PABLO. Callad, malditos, por compasion! (En la reja.)

ELLOS. Pablo!
(Sorprendidos y dejándolo ver del público.)

ELLAS. (Acudiendo.) Qué es eso?

PABLO. (Lloriqueando.) Una friolera!

ELLOS. Al cabo has dado en la ratonera!

(*) Véanse las notas del final que llevan este signo.

ELLAS. Pobre Pablito! (Mofándosele tambien.)
ELLOS. Pobre raton! (Gran chacota.)
PABLO. Ni á la camisa le teneis ley! (Llorando.)
ELLOS. En qué el buen Pablo fué delincuente?
ELLAS. Por qué está preso?
PABLO. Por obediente (Lloroso.)
á la persona del mismo rey'
TODOS. Dónde le has visto? (Riéndose.)
PABLO. Miradle allí. (Señalando al doctor.)
ELLOS. Cómo?
(El doctor que sale de la iglesia con Camaron.)
ELLAS. Rey un doctor? (Riéndose.)
PABLO. (Llamando al doctor.) Eh! Venga!
ELLOS. Calle!
ELLAS. Señor!
(Rodeando todas al doctor y haciéndole mil zalamerías.)
CHINCHILLA. Qué viento corre en el valle?
Se han vuelto locos todos aquí?

ESCENA XVIII.

DICHOS, el DOCTOR y CAMARON.

ELLAS. Sepamos. (Al doctor.)
PABLO. Eh? (Llamándolo.)
UNOS. No te canses. (Á Pablo.)
OTROS. No te oye.
PABLO. Ya me oirá.
¡Viva el rey y la persona
que en su nombre vino acá! (Esforzando la voz.)
ELLAS. Oís?
CHINCHILLA. Los vivas siempre se oyen.
ELLOS. Es un preso!
CHINCHILLA. Pablo!
ALCUACIL. Atrás!
(Al doctor que se quiere acercar á la reja.)
CHINCHILLA. Ese preso es inocente!
TODOS. Quién es, pues, el criminal?

ESCENA XIX.

DICHOS, CLEMENCIA, que sale por la izquierda.

CLEMENCIA. Yo lo diré. (Abriéndose paso.)
TODOS. La duquesa!
CHINCHILLA. Vos? (Y en qué estado!)
CLEMENCIA. Escuchad.

—

El Dios de la justicia
severo é iracundo
su omnipotente mano
hoy posa sobre mí.
Cuanto yo idolatraba
y amaba en este mundo,
la cólera celeste
me arrebató de aquí.

—

CHINCHILLA. (Camaron, á lo que sabes.)
(Muy poca voz. Se aleja Camaron y habla con la enlutada en el foro.)
ELLAS. (Qué será?) (Quedito y casi hablado.)
ELLOS. (Ya se verá.)
PABLO. (Esta debe ser la madre.
Si será, si no será?...) (Casi con el aliento.)

—

CLEMENCIA. La hija de mi alma ya no existe.
(Dándole un pliego al doctor.)
Para ella todo lo ambicioné,
y de mi primo cómplice me hice.
Ansío el castigo, llamad al Juez.

—

CHINCHILLA. Duquesa! (Queriéndola hacer callar.)
PABLO. Conque... ¡era niña! (Con toda su voz.)
CLEMENCIA. Sí!
PABLO. Yo la salvé!
(El doctor que ha leido el pliego contiene á la duquesa.)

CHINCHILLA. Tú!... Qué dice?
(Corriendo hácia donde está.)
CHINCHILLA. Calle. (Á Pablo.)
CORO. Jesús! qué viento corre en el valle?
Se han vuelto locos todos aquí?

—

CHINCHILLA. Fué al hijo de Margarita
al que Pablo ayer salvó. (Á la duquesa.)
CLEMENCIA. De Margarita!! (Desesperada.)
PABLO. Cáscaras!! (Muy alborotado.)
CORO. Cómo el pobre se quedó! (Por Pablo.)

—

CLEMENCIA. Ah!
Del cielo es obra
clara y patente.
El hijo amado y la razon recobra
cuando yo pierdo la hija y la razon.

—

Castigo justo de la potente
mano de Dios!

—

CHINCHILLA y CORO.
Ojo por ojo, diente por diente!
Lo dijo Dios! (Con solemnidad terrible.)
PABLO. (Que tú salváras, Pablo inocente,
á aquel pelon! (Desesperado.)

—

CLEMENCIA. Túmulo triste se alza en Vergara
donde reposa mi dulce amor.
CHINCHILLA y CORO.
Yugo sagrado cubre ante el ara
el fruto tierno de su pasion. (Señalando al templo.)
CLEMENCIA, CHINCHILLA y CORO. (Ella coe desesperacion.)
Yuyo sagrado cubre ante el ara
el fruto tierno de su pasion.
Túmulo triste se alza en Vergara
doude reposa su / mi dulce amor.

Coro y Chinchilla.

Nunca más claro
ví tu grandeza, potente Dios!!

HABLADO.

Clemencia. Cuánto! Cuánto un crímen pesa! (Fuera de sí.)
—Busco al Juez! Dejadme ir!
—No quiero verla lucir
la corona de duquesa!
(Todos le abren camino atónitos y desaparece por la derecha ràpidamente.)

ESCENA XX.

DICHOS, ménos CLEMENCIA, D. JULIAN, el JUEZ y ALGUACILES.

Pablo. Agua!... agua... Y si no la bebe...
como yo rabiando está!
.... (*)

Uno. Don Julian!
(Viéndolo aparecer primero caja izquierda.)

Juez. Adelante! (Que lo sigue.)

Pueblo. Ah!
(Grito ahogado y dando algunos pasor hácia D. Julian.)

Julian. Defendedme de la plebe. (Aterrado, al Juez.)

Pueblo. Muera! Muera!

Chinchilla. Morirá.
(Interponiéndose entre el pueblo y él.)
Entre tanto ocupe el puesto (Al Juez, por Pablo.)
que ocupa el que él calumnió.

Pueblo. Á la cárcel!

Julian. ¡Preso yo?

Juez. Sí!... Pablo es libre! (Á los alguaciles ambas cosas.)

(*) Véase la nota del final que lleva este signo.

PABLO. Ah! (Desaparece.)

CHINCHILLA. (Al Juez, dándole un pliego.) Leed esto.
(Á D. Julian.) La duquesa os delató!
(Los alguaciles se apoderan de Julian, que lucha por no entrar en la cárcel, de donde sale Pablo y tropieza con él.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ménos D. JULIAN. El JUEZ y los ALGUACILES; despues la comitiva por el órden que entró en la iglesia, CAMARON y la ENLUTADA. —CAMARON habla con la ENLUTADA, que está primera caja izquierda.

CORO. Pablito!

CAMARON. (Se llama Rosa.)
(Al doctor en primer término.)

PABLO. Cuidado con tropezar! (Á Julian.)

CHINCHILLA. Pablo?

PABLO. Señor!...

CHINCHILLA. Oye aparte!
—Tú no eres rico.
(Trayéndoselo muy cerca del público. Camaron sube con la enlutada al átrio de la iglesia.)

PABLO. Yo? Cá!
Aun cuando toda mi vida
no he cesado de escuchar:
«Guarda, Pablo! guarda, Pablo!»
ni un cuarto pude guardar.

CHINCHILLA. Una pasiega del valle (Con cierto misterio.)
de belleza sin igual,
de tí estuvo enamorada
y aun sospecho que lo está.
Vente á Madrid, que deseo,
andando el tiempo, premiar
tu virtud y la de ella,
cuando su alteza real
deje el pecho.

PABLO. Qué habeis dicho?
(Con aturdimiento cómico.)

Santísima Trinidad!

(En este momento salen Margarita y el Duque de la iglesia y desaparecen bajando al camino.)

Cuando sale de la iglesia
pensando en eso está ya!
¡El diablo son las mujeres!

CHINCHILLA. Por haber pensado mal,

(Conteniendo la risa y fingiéndose indignado.)

llevadle preso á Madrid.
(Es un bendito!) (Al cura.)

PABLO. Piedad!

(Al ver que los de la escolta del doctor se apoderan de él.)

P. VICENTE. (Es una santa, y lo quiere.) (Al doctor.)

CHINCHILLA. (Feliz por fuerza será.)

(El P. Vicente, despues de despedir á los duques á la puerta de la iglesia, ha bajado á donde está el doctor, y le dice al oido el aparte anterior, señalando á la enlutada que va detrás de los duques con Camaron. Chinchilla le estrecha la mano y se marcha por donde se fué la comitiva y los guardias que se llevan á Pablo. El cura sube al tablado y dice desde allí:)

MUSICA.

P. VICENTE. Pasiegos del valle,
oid la eleccion
que en nombre del rey
ha hecho el doctor.

—

Una violeta escondida:
la viudita de Cayon,
la que casaron por fuerza,
por virtuosa eligió.

—

CORO GENERAL. La antigua novia de Pablo! (Con desesperacion.)

ELLAS. / ELLOS. Buen chasco me / nos dió el doctor!

(Se ven descender por el fondo los carruajes abiertos en que van los duques, Chinchilla, Camaron y Pablo y la pasiega enlutada. El coro ocupa el átrio de la iglesia y sus gradas para verlos mejor. El P. Vicente continúa sobre el tablado.)

MARGARITA, DUQUE, PABLO y CHINCHILLA.

Queda adios, valle querido!
Valle de Pas, adios!
Adios! adios! (Desde los coches.)

—

CORO.

Vivan los duques, vivan!
—Trébole! Trébole—
—¡Pablo y la Rosa!
Trébole, ¡ay!

—

Malo es que vaya el fuego
junto á la estopa!
—Trébole! Trébole!—
—Trébole, trébole.—
Trébole ¡ay!

—

(Se han vuelto á oir las campanas y la marcha con que empezó el cuadro. Solo se ve la parte superior de los vehículos y de los caballos con sus penachos de plumas y las riendas de aquellos, y los cocheros en sus elevados pescantes y los palafreneros que de pie van á las zagas con sus grandes bastones debajo del brazo. En el primer coche van el Duque, Margarita y el doctor. Margarita lleva el niño y lo enseña al pueblo. En la segunda carroza van Camaron, la enlutada con su hijo en los brazos, y Pablo á su lado en actitud cómica. Detrás va la escolta del doctor cerrando la marcha, que se supone va á caballo por sus movimientos. Los penachos y carruajes tambien se moverán, figurando que descienden á medida que avanzan. El cura saluda á los viajeros con su pañuelo y el pueblo con las monteras. Cuadro y baja lentamente el telon.)

FIN DE LA ZARZUELA.

SR. D. MANUEL FERNANDEZ CABALLERO.

Mi muy querido Manuel: Al consignar en la primera página de esta obra que hace veintidos años la escribió para que usted la pusiera en música nuestro inolvidable Luis, he sentido impulsos de revelar una historia, que con la de la *Zarzuela* en general se relaciona, arrancándola de un librejo que escribo, en el que hace treinta años estampo dia por dia mis impresiones artístico-literarias, y la narracion de los sucesos íntimos de los teatros de Madrid en dicho período de tiempo: libro que un dia aclarará muchos misterios, ensalzará á muchos humildes y derribará alguna que otra soberbia torre mal cimentada, no por la pujanza de mi débil brazo, pero sí por el formidable embite del ariete de los hechos.

Tambien he sentido comezon de confundir con cuatro frases al repugnante enjambre de zoilos que al fijar su torpe mirada en los rayos de viva luz, que de tarde en tarde, por desgracia, iluminan nuestra decaida escena, la apartan dando desaforados gritos al comprender la pequeñez de su alcance y su impotencia.

Dejemos aún en el misterio aquellas páginas por respeto á la memoria de muchos que ya no existen y que fueron primeros actores en las dramáticas escenas indicadas, y despreciemos á los desdichados que viven en el infierno de sus miserias.

Inspirada esta obra por un sentimiento de gratitud, con el intento de pagar sagradas deudas, era imposible, Manuel mio, que el éxito no coronara tan noble fin. Sesenta representaciones consecutivas, dicen bien á las claras si el autor logró su objeto al proponerse hacer una obra esencialmente escénica, en la que usted pudiera dar á conocer al público su potente y rica vena.

Usted, con sus inspiradas notas, ha colocado el drama lírico-español á la altura que lo soñó el poeta, dándole la forma que él imaginó debía tener la Zarzuela, en la que hizo alternar los cuadros líricos con los dramáticos, atendiendo sólo á las condiciones más ó ménos musicales de las situaciones, y no á la estudiada combinacion, casi simétrica, de las escenas declamadas con las de canto.

El paso está dado, y á usted le cabe la gloria de haberlo hecho posible y con tal acierto, que gran parte del público ha asistido y asiste á sus representaciones, en las que el género da tan marcados pasos de adelanto, sin explicárselo y sin tener que hacer concesion alguna por haberlo usted sabido hacer de modo que no se pierda ni una sola sílaba del diálogo y sin enojosas repeticiones que perturben la marcha de la accion.—Hecho está y sancionado por un éxito inmenso por el público.

Adelante, pues, Manuel, que mayores glorias le están aún reservadas.

Aquí dejaría la pluma tomada sólo con el fin de hacer constar aquel intento de mi malogrado y nunca bastante llorado amigo, y su realizacion por parte de usted, si no creyera en mí un deber el estampar aquí dos nombres queridísimos para ambos y que usted y yo sabemos como nadie la parte que se les debe en los adelantos de usted y lo que contribuyeron con sus generosos hechos á despertar en la delicada alma de Eguílaz el vehemente deseo primero é imperiosa obligacion despues de contri-

buir con toda la fuerza de su inagotable ingenio al fin que hoy se ha realizado tan por completo.

¡Ángeles y *Salvador!*—Para nosotros todo está dicho.

Dios conceda larga vida á la primera para presenciar mayores triunfos aún, si cabe, de su querido hermano y dé santa gloria al segundo, desde donde con mi entrañable amigo ruegue por nosotros.

SU ADMIRADOR Y HERMANO DEL CORAZON,

DIEGO LUQUE.

(12 de Mayo de 1878.)

NOTAS.

El director de esta obra cumple con un deber muy grato, al dar las gracias al señor don Isidoro Lopez Dueñas, quien con sus vastos conocimientos científicos le ha auxiliado poderosamente para la realizacion de este espectáculo.

Cuantos artistas han tomado parte en esta Zarzuela, lo han hecho con tal celo y cariño, que sería un acto de injusticia no dejarlo consignado aquí.

El director tiene la honra de darles públicamente las más encarecidas gracias en nombre de la hija del malogrado autor del poema y del maestro compositor.

El haber sido contratado expresamente para hacer el papel de *D. Julian* el primer barítono don José Sala Julien, indicará á los directores, que los autores desean sea repartido en los teatros de provincias á artistas de condiciones especiales, encareciéndoles la necesidad de estudiar muy detenidamente tan difícil personaje, cuidándose mucho de que en sus formas exteriores, sea todo afabilidad, dulzura, elegancia. Ha de ser, en fin (valiéndonos de la frase vulgar de nuestros teatros), *un verdadero traidor de guante blanco.*

El señor Arcos ha desempeñado los diferentes papeles que le han sido confiados con tan singular tino, que ha hecho fijarse y mucho en él al público inteligente, sobre todo, al encargarse por enfermedad repentina del señor Banquells, de el del *P. Vicente* tan ajeno á sus condiciones artísticas.

Siga por ese camino, que por él llegará, ántes de mucho, á ocupar un envidiable puesto en nuestra escena.

Es Nuestra Señora de *Ibalbaimuz* y no de Balbanus como hoy la llaman en el humilde santuario en que se venera á corta distoncia de Señaya.

Mi querido amigo el célebre poeta Antonio Trueba me hizo conocer el error en que están los del país al llamarla así, pues su verdadero nombre, descompuesto, explica perfectamente el sitio en que segun la tradicion se apareció la santa Imágen.

En los teatros en donde las dimensiones del escenario no permitan tener preparadas de *pasada de acto* la segunda y cuarta decoracion del tercero, pueden los directores dividirlo en dos, terminando el tercero con la escena del Ave María y constando el cuarto de los dos últimos cuadros.

En este último caso conviene que se cante completa la penúltima pieza de la obra.

Por circunstancias del momento se suprimió en Madrid parte de la gran pieza musical del último cuadro á que ántes se hace referencia y que en el ejemplar va marcada entre líneas de puntos y una estrella. En los teatros donde así se haga se dirán en la escena penúltima los versos que van en la partitura como nota inmediatamente despues del que dice Chinchilla: *La duquesa os delató,* suprimiéndose por completo la última salida de la duquesa.

Toda otra variacion ó corte que no vaya aquí ó en la partitura indicado, queda prohibido por los autores, quienes harán uso de las facultades que las leyes les conceden en el improbable caso de que alguno falte á lo dispuesto.

ERRATAS NOTABLES.

Pág.	Línea.	DICE.	LÉASE.
2	4	coloridos	colorido
10	5	quedándose oculta	quedándose ella oculta
28	16	tú le creías,	tú le crias,
57	19	que para mí males	que solo males
58	21	de fraternal	de paternal
72	37	No,	No, no
102	8	y á los hombres	y á las leyes
115	19	llama avanza	llama: luego avanza

Las empresas que deseen adquirir las *partituras*, *partes de estudio* y *papeles de orquesta* de esta obra, se dirigirán á *D. Fruncisco Sedó*, Madrid, Greda, 32, cuarto 4.º derecha, que los facilitará sellados y rubricados por su autor, sin cuyo requisito no se podrán usar en los teatros.

Las piezas arregladas para piano y canto bandas, etc., etc., se hallan de venta en Madrid, calle de Preciados, casa de los *Sres. Romero* y *Marzo.*

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que correspond
Una casera modelo	1	D.ª Asuncion Lozano...	»
Una justa literaria	1	D. Leopoldo Vazquez...	»
Una noche borrascosa	1	J. V. y Sanchez.....	»
Un pollo fiambre	1	E. Jackson Cortés...	»
Una tempestad de verano	1	Julio Nombela......	»
Un conspirador	1	Navarro...	»
Un detalle de la vida	1	Adelardo de la Calle.	»
El jornalero	2	Emilio Álvarez.....	»
El señor de Manzanillo	2	Salvador M. Granés..	»
El sombrero del ministro	2	Sres. Nombela y Castillo.	»
Herir en el corazon	2	D. José Jackson Veyan..	»
La resurreccion de Lázaro	2	Enrique Gaspar.....	»
Para tal culpa tal pena	2	José Echegaray.....	»
Para una coqueta un viejo	2	Miguel Echegaray...	»
Verde y madura	2	Sres. P. M. Barrera y E. G. Bedmar.......	»
Bienes vitalicios	3	D. Enrique Zumel.....	»
El corazon de una madre	3	José Luis Clot......	»
El esclavo de su culpa	3	J. Antonio Cavestany.	»
El tabernero de las Vistillas ó manolos y franceses	3	R. G. Santisteban...	»
En el pilar y en la cruz	3	José Echegaray.....	»
Haz bien	3	Miguel Echegaray...	»
La mancha en la frente	3	Sres. C. S. Bravo y Estéban Garrido......	»
Lo que no puede decirse	3	D. José Echegaray.....	»
Quiero ser pobre	3	R. G. y Santisteban..	»
Realistas y Puritanos	3	José Luis Clot......	»
¡Risas y lágrimas!	3	L. Mariano de Larra.	»
Vivir á escape	3	R. G. Santisteban...	»
Trece de febrero	4	José María Diaz.... .	»
Los bandidos de la córte de los Milagros.	5	Juan Belza.........	»

ZARZUELAS.

Boda ó muerte	1	Sres. Navarro y Nieto...	L. y M.
La vecchia Zitella	1	Sres. R. del Castillo y N. Manent..........	L. y M.
La voz pública	1	Coll y Britapaja y G. Cereceda...... .	L. y M.
El laurel de oro	2	Granés, Navarro....	L.
Entre locos	2	D. J. Gaztambide......	L. y M.
La buena ventura	2	Álvarez. y Vehils....	L. y M.
La criada	2	Vidal y Navarro y Esther............	L. y M.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Á casarse tocan.....................	3	D. José Inzenga........	M.
Don Juan Tenorio....................	3	Sres. Zorrilla y Manent..	L. y M.
La panadera del Campillo............	3	C. Nuñez y Granés...	L.
Las campanas de Carrion.............	3	Larra y Planquette..	L. y M.
Los sobrinos del capitan Grant........	3	D. M. Fdez. Caballero..	M.

Han dejado de pertenecer á esta Galería las comedias en un acto tituladas ***El matrimonio secreto; En el cuarto de mi mujer; En la sombra; La nieta del zapatero; La voz del corazon; Very Well,*** y la mitad de ***El laurel de la Zúbia;*** el libro de la zarzuela en un acto ***El sargento Lozano,*** y el de la en tres llamada: ***Una cancion de amor,*** obras de D. Antonio Hurtado.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; y de *D. J. A. Fernando Fé,* Carrera de San Jerónimo, núm. 2.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.